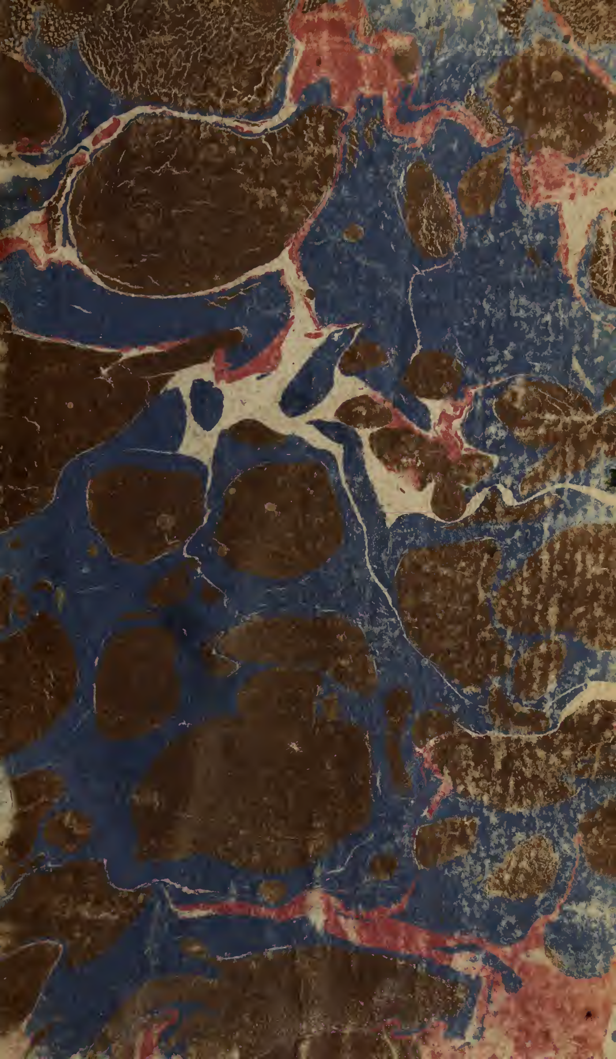


CANTOS

DEL

TROVADOR.

CANTOS DEL TROVADÓR.

COLECCION DE LEYENNDAS

Y TRADICIONES HISTÓRICAS.

POR

Don José Zorrilla.

TOMO III.

MADRID.

I. BOIX, EDITOR.
Impresor y Librero, calle de Carretas, número 8.

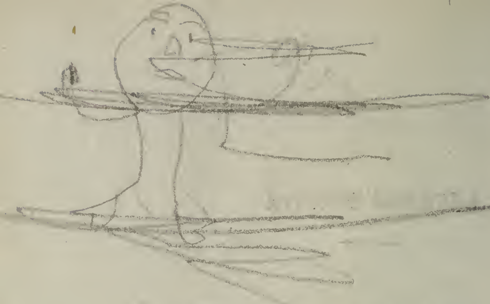
1841.

LEYENDA CUARTA

LA PASIONARIA.

CUENTO FANTASTICO.

ENTREGA VII.



Un dia en que mi muger leia los cuentos fantásticos de Hoffman, y escribia yo á su lado los mios, se entabló entre nosotros el siguiente diálogo.

MI MUGER. *¿Por qué no escribes un cuento fantástico, como los de Hoffman?*

YO. *Porque considero ese género inoportuno en España.*

MI MUGER. *No alcanzo la razon.*

YO. *Yo te la diré. En un pais como el nuestro lleno de luz y de vida, cuyos moradores vivimos en brazos de la mas íntima pereza, sin tomarnos el trabajo de pensar en procurarnos mas dicha que la inapreciable de haber nacido españoles; ¿quién se lanza por esos espacios tras de los fantasmas, apariciones, enanos y gitanas de ese bien aventurado Aleman. Nuestro brillante sol daria á los contornos de sus medrosos espíritus tornasolados colores que aclararian el ridículo misterio en que las nieblas de Alemania envuelven tan exageradas fantasías.*

MI MUGER. *(interrumpiéndome.) Esa teoría será muy buena, pero en ese caso ¿á qué género pertenece tu leyenda* Margarita la tornera?

YO. *Al genero fantástico, sin duda.*

MI MUGER. *Luego la teoría y la práctica estan en contradiccion.*

YO. *Entendámonos.* Margarita la tornera *es*

una fantasia religiosa, es una tradicion popular, y este género fantástico no lo repugna nuestro pais, que ha sido siempre religioso hasta el fanatismo. Las fantasías de Hoffman sin embargo no serán en España leidas ni apreciadas sino como locuras y sueños de una imaginacion descarriada; tengo esperiencia de ello.

MI MUGER. *Acaso tendrás razon: pero yo quisiera que hicieras la prueba.*

YO. *Enhorabuena: mas con una condicion. Que sobre tí vaya la responsabilidad del éxito.*

MI MUGER. *Acepto.*

YO. *Tu me darás el argumento de la composicion.*

MI MUGER. *Y tú le tratarás con imparcialidad.*

YO. *Prometo escribértele como Dios mejor me dé á entender.*

MI MUGER. *Pues escucha.*

He aqui, amigo lector, la historia de mi Pasionaria *que está dedicada á mi muger, de quien es original. Tú la juzgarás. Pero te suplico que no la leas tan sin cuidado que desfigures la belleza del argumento, con la torpeza y desaliño de la ejecucion.*

JOSE ZORRILLA.

INTRODUCCION.



En un fresco valle ameno
De flores y árboles lleno
Que á un jardin se parecia
Un buen hidalgo vivia
De pesadumbres ageno.
De aquel albergue escondido
La soledad deleitosa
Habia un santuario sido
Donde pasó guarecido
Su larga vejez dichosa.
Soldado fué mientras pudo
Con el lanzon y el escudo,
Mas su buen tiempo pasado
Volvió á su valle ignorado
A ser campesino rudo.
Alli dejó á su partida
para la empeñada guerra
En una esposa querida,
Y una hija de ella tenida

Cuanto adoraba en la tierra.
Mas de la guerra al volver
Con sus heridas ufano,
Echó el buen hombre de ver
Que honrado volvia en vano;
Faltábale su muger.
El pobre hidalgo la enviaba
Nuevas suyas cada dia
Que una ocasion encontraba,
Pero siempre se perdia
El mensage, y no llegaba.
Murió pues la triste esposa
Sin noticias de su suerte,
Pues en lid tan azarosa
Dar era dificil cosa
Mas noticia que la muerte.
Lloró su mala ventura
Por largo tiempo el soldado;
Mas todo el tiempo lo apura,
Y el deleite y la amargura
Tienen su fin señalado.
Vivo trasunto de aquella
Perdida ya dulce esposa
Quedábale una doncella
Como su madre amorosa,
Y mas que su madre bella.
¿Y quién ¡vive Dios! no olvida

Los desastres mas prolijos
Cuando la luz de su vida
Llega á ver reproducida
En el amor de sus hijos?
La vejez desencantada
Tal vez no goza con nada,
Pero la mas crüel historia
Se borra de su memoria
Si de hijos se ve cercada.
Asi el valiente Robleda
Todo su amor atesora
En la hija que le queda.
¡Ojalá Dios le conceda
Larga vejez con su Aurora!
Aurora, sí, se llamaba
Porque en la aurora de un dia
Conque un abril empezaba
Nació, y el Sol que apuntaba
Con ella á la par nacia.
¿Y quien sabe si al preveer
Su hermosura venidera
Quiso el Sol su estrella ser,
Y vino la primavera
Su mas bella flor á ver?
Asi suceder debió
Porque en aquella espesura
La bella Aurora creció

Y díola doble hermosura
Cada aurora que pasó.
Rosa del valle frondoso
Que del cierzo la guarece,
Su cáliz abre oloroso
Bálsamo esparce precioso
En el desierto en que crece.
Sus primorosos colores
Y su fragancia esquisita
Vergüenza son de las flores
Que aquellos alrededores
Dan entre yerba marchita.
Y orgulloso y satisfecho
De guardar tan linda flor
Robleda pide á su pecho
Ambito menos estrecho
Para su ambicioso amor.
Toda su triste existencia
De Auroras desventuradas
Y de sangrientas jornadas
De aquella aurora en presencia
Sueño es de cuitas pasadas.
Y asi en su albergue escondido
Y en soledad deleitosa,
Contra el pesar guarecido
Pasa su vejez dichosa
El soldado encanecido.

I.

En una de Abril fecundo
Deliciosísima tarde,
Y en la orilla de un arroyo
Que cruza el ameno valle,
Bajo la sombra sentada
De unos juncos desiguales,
Una hermosísima niña
Sola y distraida yace.
Del manso arroyo contempla
Los fugitivos cristales
Que en las arenas del fondo
Reflejan su bella imagen.
Y hállase linda sin duda
Segun lo que se complace,
Ya sonriendo con ella,
O ya con ella enojándose.
A veces turbando el agua
La borra por un instante,
Volviendo curiosa luego
A ver como se rehace,

Y asoma sobre sus lábios
De purísimos corales
Vaga é infantil sonrisa
De nuevo al verla formarse.
Mírala atenta esperando
A que las aguas se aclaren,
Y á solas con su reflejo
Plática entabla muy grave.
¿Por qué me miras, le dice,
Cuando me inclino á mirarte,
Y si me aparto te apartas,
Y si salgo á verte sales?
¿No sabes que es mucho orgullo
Para una sombra tan frágil
Hasta quien la dá la vida
Osar subir arrogante?
¿No sabes que con un soplo
Romper y manchar me es fácil
Los ojos con que te atreves
En los mios á mirarte?
¿Quién eres tú, necia sombra,
Para salir á encontrarme
Trás el quebradizo muro
De tu trasparente cárcel?
Tú, pobre ilusion sin vida,
Sombra sin cuerpo palpable,
Que solo á la sombra de otro

Puedes vivir arrastrándote.
Tú, que á mi solo capricho
Debes no mas cuanto vales,
Puesto que nunca nacieras
Si yo á tí no me acercase?
¿Y todavía me miras?
Y te me ries, infame,
¿Y me provocas sirviéndote
De mis mismos ademanes?
Para insolencia tamaña
Ya no hay paciencia que baste;
Toma, descarada, y sea
Cada granito un ultraje.
Y asi la hermosa diciendo.
Por castigar á su imágen,
Tiraba al fondo del agua
Las arenas de la margen.
Al ver la espuma que elevan
Y al ver los innumerables
Circulillos que producen,
Y unos en otros quebrándose
Fugitivos de su centro,
Y en tumulto interminable,
Los unos van á perderse
Adonde los otros nacen,
Y entre la confusa tela
De sus líneas vacilantes,

Al ver en el fondo turbio
Inquieta siempre su imágen
Con inocente sonrisa
Y con infantil donaire,
Eso es, decia, ya vuelves,
Necia sombra, á tus desmanes;
Mas veremos por quién queda,
Tu á salir, y yo á borrarte.
Y arena tiraba al agua
Con caprichoso coraje.
En tal entretenimiento
Se la pasaba la tarde
Luchando contra su sombra
Que aparecía constante,
Cuando un mancebo que estaba
Tras ella, con voz suave
Y afectuosísimo tono,
Dijola : Aurora , ¿ qué haces ?
Tornóse al punto la niña,
Y ruborizada alzándose
Dijo bajando lós ojos:
¿ Qué he de hacer mas que esperarte ?
--- Tan entretenida estabas
Con el arroyo...
--- Tirábale
Las arenillas que cria
Por venganza.

--- ¿En que es culpable
Para que asi le castigues ?
---Detesto sus falsedades,
y él me engaña.
--- ¿ Qué te dice ?
---Me copia todo el samblante,
Y miente sin duda alguna.
--- ¿ Por qué ?
---Porque á ser iguales
Yo y el reflejo que pinta
Mas en verdad te agradase.
---¿Pues quién te ha dicho, alma mia,
Que yo no te le idolatre ?
---Mas á menudo vinieras
Si asi fuera á contemplarle.
--- ¿ Acaso tardé ?
--- Lo ignoro.
Cuando vienes nunca es tarde.
Pero cuando pasa un dia,
Y otro y otro y aguardándote,
Paso horas y horas sentada
Mirando por todas partes
Sin que por ninguna lleguen
Mis ojos á tropezarte,
¡ Ay, Felix, qué de recelos
Me atormentan !
—¿ Pues no sabes

Que tengo yo, Aurora mia,
Ayo, maestros y padre
Que me acechan de continuo
Y que me es fuerza robarles
Los minutos para verte
Si no para idolatrarte?
Cuando el castillo abandona
Ya por caza ya por viage
Es solo cuando evadirme
De mi preceptor es fácil;
Y solo con mil pretestos
Logro entonces engañarle
Y no oir sus importunos
Consejos inagotables.
Con el del noble ejercicio
De las armas salgo al parque,
El caballo se desboca,
Salta la zanja y al valle.
Tanto bien mio, me cuesta
Verte unos cortos instantes,
Mas no hay azar que no arrostre
Por oirte y contemplarte.
---Ay Felix siempre palabras
Consoladoras me traes
Mas no sé que falta en ellas
Que nunca me satisfacen.
---¿Dudas acaso?...

---No en tí
Que no me atreviera amándote.
---¿Pues en quién?
---En la fortuna.
Tú tan noble...
---Y es bastante
Garantía la nobleza
De mi encumbrado linage
Para cumplir mis palabras.
Y esto Aurora mia baste,
Que me ofenden esas dudas.
---¡Siempre ese altivo lengüage
Felix, siempre te me enojas!
---¿Yo, Aurora mia, enojarme?
Contigo, mi bien, mi gloria,
Jamás.
---Pues tu mano dame,
Júrame que me amas mucho
Y hagamos las amistades.
---Las manos no, el corazon.
---No puedo yo tanto darte
---¿Pues qué, corazon no tienes?
---No, que ha venido á robármele
Un mancebo muy gallardo.
---¿De veras?
---Sí, como un ángel
---¿Y se le llevó?

—Sin duda.
—Como yo llegue á encontrarle...
—¿ Se le pedirás?
—No á fé.
—¿ Pues qué has de hacer?
—Arrancársele.
Y aqui cayendo la niña
En los brazos de su amante
Sonó un regalado beso
Que devoró ansioso el aire.
—Aurora, dijo el mancebo
Mira al Sol.
—¿Felix, te partes?
—¿Qué he de hacer? Espira el dia.
—Es verdad Felix. Mi padre
Tambien estará impaciente.
¿Volverás pronto?
—Cuanto antes.
—¿Te acordarás de mí?
—Siempre:
Mi existencia es solo amarte;
No tengo en mi corazon
Mas que un altar con tu imagen.
—¿Se borrará?
—Nunca, Aurora:
Pintada está con mi sangre
Y por el crisol pasada

Del fuego que en ella arde.
Y al dulce beso tornaron
En punto tal separándose
Y mientras verse pudieron
No dejaron de mirarse.

Subia aprisa don Felix
Y con pasos desiguales
Por la tortuosa vereda
Que lleba fuera del valle;
Y lentamente cruzaba
Aurora la opuesta parte
Por la olorosa pradera
De que es su casa el remate.
Y á cada paso volviéndose
Y de lejos saludándose
Ambos á dos se juraban
Como quien eran amarse.
¡Pobres niños que insensatos
Juzgaban interminable
Lo que era con solo un soplo
Interrumpirles muy fácil!

II.

Tendía sobre la tierra
Su oscuro manto la noche
De estrellas poblando el cielo
En magnífico desórden.
Lanzaba apenas la luna
Sus tímidos resplandores,
Como enamorada que abre
Recelosa sus balcones
Por ver al galan que espera
Y que las sombras la esconden;
Mas cuyo contorno vago
En la oscuridad conoce.
Todo en el valle reposa
Y con murmullos acordes
Entre las hojas susurran
Los céfiros juguetones.
El manso rumor del agua
Que entre los céspedes corre

Mezclado con sus murmullos
Incesantemente se oye.
Perfuma el ambiente puro
De las campesinas flores
El grato y sencillo aroma ,
Que ávida el aura recoje.
Brotan del húmedo cesped
Imperceptibles vapores ,
Que de las ráfagas vuelan
Sobre las alas veloces.
Y la frescura se aspira ,
Y los sentidos absorve
Vaga languidez dulcísima,
Que hace su deleite doble.
El pensamiento perdido
El ancho espacio recorre
En pos de mil imposibles
Encantadas ilusiones.
Los ojos alucinados ,
Con mil falsos resplandores
Realidades imaginan ,
Sus increadas ficciones.
Y en el azul transparente
Cuya estension desconocen
Sus errantes fantasías
En su desvarío ponen.
Y un vapor que le atraviesa ,

Un insectillo que indócil
Le cruza inquieto sonando
Sus alillas uniformes,
Un hoja que va en el aire,
Sin hallar en qué se apoye
Y desprendida de un tronco
Acaso de sábia pobre,
Por una vision la toman,
Que pasa ante ellos informe
Suspiro tal vez de un hada,
Plegaria acaso de un monje.
Noche azul, limpia y serena
Tras la cual se reconoce
Lo infinito del espíritu
Que con un soplo hizo el orbe.
En esta noche tranquila
Y en este valle fué donde
Delante de una ventana
De su alquería sentóse
El bueno de Juan Robleda
En un gran sillon de roble,
Asegurando los codos
En sus brazales enormes.
Los ojos en tierra fijos,
Mohino el semblante noble,
Sumido el ánimo muestra
En graves meditaciones.

Jamás se le vió tan triste;
Sin duda su pecho esconde
Algun secreto funesto
Que el corazon le corroe.
Secreto que en el silencio
Es fuerza que le devore,
Que en su corazon se entierre
Y en su corazon se ahogue.
Mas él desea sin duda
Que fuera de él se desborde,
Reduciendo sus tormentos
A sentidas espresiones:
Que otro las oiga y las sienta
Como él las siente y las oye,
Ya porque él lo necesite,
O ya porque á otro le importen.
Y esto sin duda resuelve
Porque dejando su inmóvil
Posicion, por la ventana
Llamó á Aurora, y levantóse.
Entró la hechicera niña,
Volvió á su sillon de roble
El padre, y entre los dos
plática tal entablose.

ROBLEDA.

¿Dónde has estado?

AURORA.

En el soto.

ROBLEDA.

¿Qué has hecho allí?

AURORA.

Cojer flores.

ROBLEDA.

¿Y has cogido muchas?

AURORA.

Muchas.

ROBLEDA.

Ten cuenta con las que coges,
y no vayas á buscarlas
al parque de los señores
de Aracena, porque tiene
muy malos alrededores.

AURORA.

Yo señor...

ROBLEDA.

¿Me has entendido?
No están mis ojos tan torpes
Todavia que no alcancen
Hasta el lindero del bosque.

AURORA.

Duéleme padre y señor
Que mi conducta os enoje;
Mas yo prometo...

ROBLEDA.

Hija mia
No hay desdicha que no arrostre
Tu padre por tu ventura ,
Ni mal que por ti no afronte.
Mas no hay tampoco desdicha
Que me desvele ni asombre ,
Como el temor de perderte.

AURORA.

¿Y á qué padre esos temores?
Aqui hemos siempre vivido
Retirados , nuestra pobre
Posesion respetan siempre ,
Los bandidos y los nobles.
Mil veces me habeis contado
Que allá detras de esos montes
Está la tierra turbada
Con guerra y desolaciones.
Que todo el mundo está henchido,
De desventuras y horrores
Pero jamás han llegado
A nuestro valle sus voces.

ROBLEDA.

¡Ay que no es Aurora mia
Tan peligroso el redoble
Del atambor que convoca
Para matarse los hombres
Como la voz engañosa
De esas mágicas pasiones
Que viven en nuestro pecho
Como huéspedes traidores.
Lides se vencen lidiando,
Y al fin ya que no se logre
Salir de una guerra siempre
Felices ó vencedores,
La fuga salva aunque manche,
¿Mas cómo de las traiciones
Defenderse de enemigos,
Que á par con nosotros corren?
Bajas Aurora los ojos,
La faz ruborosa escondes;
¡Ay de tí, luz de mi vida!
Si freno al amor no pones.

AURORA.

¡Callad por Dios padre mio!

ROBLEDA.

Fuerza es decírtelo, óyeme:
Todo lo sé, pobre niña,
Esas desdichadas flores
Que vas á cojer al campo,
Son las falsas espresiones
Los juramentos de amor
De un mozo á quien no conoces,
Y de quien tu no has nacido
Mas que sierva. Y si no rompes
Tan torpes lazos, si no echas
en olvido hasta su nombre....

AURORA.

Padre, imposible. Se mezcla
en mis mismas oraciones.
No se aparta de mi mente
Ni de dia ni de noche.

ROBLEDA.

Pues bien Aurora es forzoso
Que desprendértele logres
Del corazon, es preciso

Que huyamos lejos de ese hombre.
Tu no naciste condesa,
No heredaste mas blasones
Que tu honor, y esa no es prenda
Para perdida de un golpe.
Venderé nuestra alquería.
Aurora, á partir disponte,
La distancia es el olvido,
Y el tiempo allana los montes.

AURORA.

Pues bien padre, partiremos:
Conozco vuestras razones
Iremos donde gustáreis;
Será un sacrificio enorme,
Tal vez me cueste la vida,
El alma tal vez indócil
Se resista de tal modo
Que el aliento me sofoque,
Pero primero es mi padre:
Vuestros caprichos son órdenes
Para mí; sí, padre mio,
Mas dejadme que le llore.
No estrañeis no, que á los párpados
Las lágrimas se me agolpen,
No me pregunteis la causa

Que será mentar su nombre.
Y aqui de hinojos Aurora
Ante su padre se pone
Diciendo--padre partamos
Antes que don Felix torne.

III.

Catorce dias despues
De su alquería á la puerta
Iba á montar á caballo
El bravo Juan de Robleda.
Ya estaba á su lado Aurora
Sobre una jaquilla negra,
Y un criado conducia
Sobre una mula su hacienda.
Las crines tenia asidas,
El soldado y el pie cerca
Del estribo, cuando á ellos
Vió con estraña sorpresa,
Venir un hombre en un potro
Desbocado por la cuesta,
Y á pique de despeñarse
Por la tortuosa vereda.
Las compasivas miradas
Clavó en él con ánsia estrema

De que descendiera vivo,
Lo que á la verdad no espera.
Mas gracias á su fortuna
Mucho mas que á su destreza
Por la orilla del arroyo
Siguió su rauda carrera.
Pasó el lindero del soto
Tan veloz como una flecha,
Saltó la zanja del bosque,
Cruzó el puente de madera,
Y pasó por medio de ellos
Sin ser dueño en su violencia
De contener de su potro
El impulso y la fiereza.
Era don Felix. Aurora
Palideció á su presencia,
Y el viejo esperó pregunta
Para concebir respuesta.
¿Partís? preguntó don Felix,
Con faz pálida y colérica:
Y con altiva mesura
Partimos, dijo Robleda.

DON FELIX.

¿Por mucho tiempo?

ROBLEDA.

Por mucho,
Si es mucho la vida entera.

DON FELIX.

Los vasallos de mi padre
No pueden sin su licencia
Abandonar sus estados.

ROBLEDA.

Por eso fui yo á obtenerla
De él mismo no há muchas horas.

DON FELIX.

¿Y os la dió?

ROBLEDA.

Y gracias con ella.
Con que así, señor don Felix,
Mire si paso nos deja,
Porque la jornada es larga

Y la mañana está fresca.

DON FELIX.

No será mientras yo viva,
Buen viejo, y tened paciencia,
Que no ha salir mi esposa
De donde su esposo queda.

ROBLEDA.

¿Qué estais hablando, don Felix?
¿Qué esposa ó qué rayo es esa,
Ni qué tengo yo que ver
Con quien vuestra esposa sea?

DON FELIX.

Mas de lo que vos pensais
Mi muger os interesa,
Que os vengo á pedir á Aurora
Para mi esposa, Robleda.

ROBLEDA.

¡Está su merced sin juicio
Por Cristo vivo!

DON FELIX.

---Ello es fuerza,
Yo la adoro, la idolatro;
Todo el poder de la tierra
No me arrancará del pecho
Esta pasion violenta.

ROBLEDA.

---Teneos, señor, teneos,
Que se os desboca la lengua;
Y aunque os amargue es preciso
Que oigais la verdad sincera.
Don Felix, doy por supuesto
Que ella os ama, doy que es cierta,
Profunda vuestra pasion,
Decidida y verdadera,
Mas ella nació villana,
Y vos en estirpe régia,
Si, porque sangre de reyes
Circula por vuestras venas.
Ved pues si podeis bajaros
Hasta humillaros con ella,
O si ella puede subir
A vuestra altitud escelsa.

DON EELIX.

---Sí puede ¡ viven los cielos!
Que en la muger no hay nobleza,
Y en alas de la hermosura
Se encumbra hasta las estrellas.
Cuando yo herede el condado
Aunque segadora fuera
La esposa que yo tomare
Fuera siempre la condesa.
Que si soy de sangre noble]
Soy tambien...

ROBLEDA.

---Un calavera
Que os cansaréis en dos meses
De una záfia lugareña,
Y la encerraréis tirano
En alguna fortaleza
Para gastar en la corte
Vuestro oro con las agenas.
Creedme , señor don Felix,
Yo tengo mucha esperiencia
Y sé lo que son las cosas ;
Dejaos pues de quimeras.

Cada oveja , ya sabeis
El refran , con su pareja.

DON FELIX.

--- Pues bien , viejo testarudo,
Ya que me provocas, guerra
Te haré desde hoy, de tus brazos
La arrancaré.

ROBLEDA.

--- Y eso prueba
Bien claro que sois un vil,
Porque tan villana idea
Le ocurre solo á un menguado
Que contra la ley atenta.

DON FELIX.

--- Nada me importa tu cólera,
Me olvido de tu insolencia.
Y tú, Aurora de mi vida...

ROBLEDA.

--- Don Félix , su merced vea

Que si da un paso hácia Aurora,
La vida al punto le cuesta.
La justicia de mi causa
Ha defendido mi lengua,
Con honor ; de vuestro arrojo
Mis pistolas me defiendan.

Asi Robleda diciendo
Metióse con faz resuelta
Entre don Felix y Aurora,
La mano en las armas puesta.
Postróse á sus pies la niña
De miedo en llanto deshecha,
Volvió en su acuerdo don Felix,
Y á punto tal por la cuesta
Aparecieron ginetes
Del conde con la librea,
El mismo delante de ellos
Avanzando á toda rienda.

El conde.

¡ Voto á San Dimas ! ¿ Qué es esto ?
¿ El siervo contra el Señor ?

Robleda.

No busco de tal rigor
Para escusarme pretesto.
Mas yo mi honor defendia
Y antes de volver atrás
Poco es de él, de Satanás
Señor le defenderia.

El conde.

¿ Mi hijo á tu honor atentó ?
Robleda en verdad responde.

Robleda.

Al vuestro atentaba, conde,
A no impedírselo yo.
Pidióme loco la mano
De mi hija y se la negué.

El conde.

¿ Eso pensó ? ¡ Por mi fé
Que eres, Felix, un villano!

Robleda.

Yo se lo dige tambien
Mas á fuerza , dijo airado ,
Que obtendria de contado
Lo que no de bien á bien.

Don Felix.

Pues bien , padre...

El conde.

Calle el necio.
Robleda , tú has peleado
En otro tiempo á mi lado
Y siempre te tuve aprecio.
No , por mi vida , no es justo
Que pagues solo la pena
De culpa que ha sido agena ;
No has de partir, es mi gusto:

La posesion te concedo
De todo el valle que habitas ;
Y ve si mas necesitas
Que agradecido te quedo.
Y tú niña olvida á ese hombre
Que no es en verdad razon
Que tenga tu corazon
Quien no ha de darte su nombre.
Otro encontrarás mejor
Pues la dueña de este valle
Marido es fácil que halle
Si no conde , con honor.

ROBLEDA.

La proteccion agradezco
Señor , mas es castigarme
A que me quede obligarme
En un lugar que aborrezco.

EL CONDE.

Entiendo tu repugnancia
Robleda , mas he curado
De que vivas descuidado ;
Enviaré á Felix á Francia.
Y aqui el conde de Aracena

Volviendo el rostro á su hijo
Funciendo el ceño le dijo
Con voz decidida y llena :
Y ahora vos caballero
De hinojos ante ese anciano
Pedidle á besar la mano.

ROBLEDA.

¡ A mi , señor !

EL CONDE.

Yo lo quiero

DON FELIX.

Padre y señor , si esto es
Para vos buen desagravio
Con gusto pondré mi labio
No en sus manos , en sus pies.
Mas ved que mi corazon...

EL CONDE (*interrumpiéndole.*)

No hay mas en ello que hablar.
Yo dél os sabré arrrancar .

Tan indigna inclinacion.
  ¡Hincaos : besad: muy bien!
Ahora montad é id delante,
Mas id de mejor talante
Por la estrella de Belén.
  Y si quereis desde ahora
Que mi cólera no estalle ,
Olvidaos deste valle
Y no penseis en Aurora.
  Dios sea contigo, Robleda,
Y ahora á escape, señores,
Que estarán mis cazadores
Esperando en la alameda.

  Salió la gente del conde
Tras él á escape resuelto
Pero no sin haber vuelto
Los ojos Félix á donde
  Su Aurora en llanto deshecha
Recoge aquella mirada ,
Que acaso la desdichada
Como la última aprovecha.
  Mientras los pudo alcanzar
La vista sobre ellos tuvo
Cuando perdido los hubo
No pudo con su pesar.
  Huyó de su alma el valor

Que hasta allí la habia asistido
Y al fin cayó sin sentido.
¡Tan tirano era su amor!

IV.

Cumplió su palabra el Conde
Y envió á don Félix á Francia,
Porque son tiempo y distancia
Grandes contrarios de amor.
El Conde está satisfecho
Y estálo tambien Robleda;
Aurora es solo quien queda
Abismada en su dolor.

Don Félix va caminando
Apesarado y mohíno
Aliviando su camino
Con las memorias de ayer.
Mas mozo ilustre que al mundo
Hoy sale por vez primera
¿Quién sabe si allí le espera
Felicidad y placer?

Siempre en el negro castillo
De su familia encerrado
Mas fortuna no ha llegado
Ni mas gloria á concebir;
Toda su ambicion silvestre
Se redujo á sus vasallos,
Sus perros y sus caballos:
Eso fué su porvenir.

Mas si dichoso en la corte
Y afortunado en la guerra
Fama se conquista y tierra
Con bien merecida prez;
Si el hidalgo de provincia
Allá en pais estrangero
Venturoso aventurero
Medra en el mundo á su vez;

Si envuelto en el torbellino
Del lujo y de la grandeza
Altivo con su nobleza
Y fiero con su favor
Avasalla á la fortuna,
¿Quién de que viva responde
En el corazon del conde
Del campesino el amor?

La juventud es la fuerza,
La imprevision la osadía,
La juventud con un dia
De suerte amiga no mas
Al golfo de la fortuna
Sin brújula y sin estrella
Se lanza, y voga tras ella
Sin volver cara jamás.

La felicidad no existe,
La gloria es una mentira,
Mas solo la gloria inspira
Hazañas de gran valer.
La dicha es la incertidumbre
En que estriba la esperanza,
Y porque nunca se alcanza
Damos tras ella en correr.

En pos de esa lumbre falsa
Afanado siempre el hombre
Acrecienta su renombre
Y acrecienta su ambicion.
Y asi fue grande Alejandro,
Y asi inmortal vive Homero
Por su fortuna primero
Despues por su corazon.

Eso es el hombre, deseos,
Ambicion, fortuna, gloria:
Eso es su vida, su historia,
Del hombre es siempre el valor.
Mas la muger... ¡desdichada!
Débil y hermosa nacida,
El amor solo es su vida,
Su porvenir el amor.

Mientras el hombre combate
Con la fortuna contraria,
Ella triste y solitaria
Orando por él está:
El hombre egoista, avaro
Piensa en sí mismo primero,
Y el corazon todo entero
Ella entre tanto le da.

¡Pobre Aurora! en vano tiendes
Los ojos desconsolados
Por los peñascos quebrados
Que fuera del valle dan;
En vano pasas tus dias
De silencio y pesadumbre,
De tu escasa incertidumbre
Acrecentando el afan.

«¿ Si volverá ?» — se pregunta
Todos los dias Aurora.
«¿ Que hará don Felíx ahora ?»
En eso piensa no mas.
Verle venir á lo lejos
A cada instante imagina,
Mas la ilusion peregrina
No se realiza jamás.

En vano el viejo Robleda
Consuelo estéril la ofrece
Su duelo no desvanece
La verdad ni la razon.
Si acaso muestra en sus lábios
Al buen viejo una sonrisa,
Una lágrima le avisa
De que pena el corazon.

Y pasa dia tras dia,
Consúmese hora tras hora,
Mas no consuelan á Aurora
La razon ni la verdad:
Los dias pasa en silencio,
Pasa las noches llorando,
Continuamente arraigando
Su amor en la soledad.

«No llores, mi bien, la dice
»Desolado el pobre viejo:
»Al fin es mejor consejo
»Lo que se pierde olvidar.»
Y ella responde:--- «Perderle
»¿Por qué ocultar que me pesa?
»Ya sé que mi suerte es esa,
»Mas dejádmela llorar.

»Yo os prometí, padre mio,
»No verle mas, no buscarle,
»Mas no prometí olvidarle,
»Que fuera imposible á fé.
»Su imágen está con fuego
»En mi corazon grabada,
»Y eternamente guardada
»En él la conservaré.»

--- «¿Y piensas, pobre inocente,
»Que él conservará la tuya?»
--- «Padre, quien quiera le arguya
»Por la palabra que dió.
»El será mi pensamiento
»Mientras me dure la vida,
»Si él, padre mio, me olvida
»No he de culpárselo yo.

«Solo su bien es mi anhelo
»Y si á mi costa ha de hallarle,
»Quiera logrársele el cielo
»Si es venturoso sin mí.»
Asi á su padre llorando
Dice la infeliz Aurora,
Y el viejo oyéndolo llora
Porque el triste lo cree asi.

Y en esta penosa calma,
En esta intensa amargura,
Sin menguar su desventura
Pasaba el tiempo veloz.
Afanábase Robleda
En consolar á su hija,
Mas ella en don Felix fija
Desatendia su voz.

Pasaba el dia, la triste,
Al pie del cerro vecino
Siempre mirando al camino
Con insensata avidez,
Contínuamente sentada
En la pradera florida
Donde le vió á su partida
Por la postrimera vez.

Y el desdichado Robleda
Que ciego la idolatraba,
Veia bien que la ahogaba
Su inestinguible dolor.
¡ Pobre viejo ! ¡ con qué gusto
Toda su sangre vertiera
Para sofocar la hoguera
De aquel insensato amor!

V.

En una tarde de julio
Que los nublados embozan
Del Sol cubriendo los rayos
Tras de su cortina lóbrega,
Del arroyuelo á la márgen
Está la infeliz Aurora
Embebecida la mente
En lisonjeras memorias.
Pálida y desencajada
Aunque atractiva y hermosa
Piensa en que el año se cumple
Y su don Felix no torna.
¡Un año! Y la pobre niña
Aun siente devoradora
De su amor la eterna llama
Que el tiempo apagar no logra.
Un año vá á hacer que ausente
Del dulce dueño que adora,

Aún de su vuelta conserva
Una ilusion mentirosa.
Aún sale todas las tardes
Á contemplar á sus solas
La senda por dó solia
Bajar por entre las rocas.
Aún vuelve los tristes ojos
Con esperanza engañosa
Creyendo verle á lo lejos
Doblar la empinada loma.
Mas nunca llega don Felix;
Jamás amiga persona
Trae carta ó noticia suya
A la enamorada Aurora.
Y ella sin embargo espera,
Mas ¡ay! ¡esperanza loca!
El año entero se cumple
Y su don Felix no torna.

Y estaba pensando en ello
Meditabunda y llorosa,
Cuando en el fin del camino
Distinguir creyó una sombra,
Que se deslizaba rápida
Por la vereda tortuosa,
Aclarando sus contornos
Segun la distancia acorta.

No es ilusion esta vez;
Un bulto de humana forma
Es la aparicion. Los ojos
Se la saltan de las órbitas.
¡Con cuánta ansiedad y ahinco
En el que viene los posa!
Sondear quisiera con verle
Su nombre, su ser, su historia.
Y en tanto desciende al valle
la aparicion venturosa
Que es un viejo peregrino
Con su bordon y sus conchas.
Agil y récio de miembros,
Su larga edad no le estorba
Para caminar, y apenas
Sobre su baston se apoya.
Cana la barba y crecida,
Talante y faz magestuosa,
Vaga sonrisa en los lábios
Mirada escudriñadora.

Tal era aquel estranjero
De cuya agradable boca,
Oyó Aurora un «Dios te guarde.»
Tras de sonrisa amistosa.
Y ella atenta contemplándole
Por si tal vez le conozca,
Volvióle la cortesia

Con un «vengais en buen hora.»
Quedaron ambos un punto
En actitud silenciosa
Trabando entrambos á poco,
Un diálogo en esta forma.

EL PEREGRINO.

¿Qué haces en medio del campo
Con la tormenta tan próxima
Pobre niña?

AURORA.

---Ya lo veis
Llorar.

EL PEREGRINO.

¿Y qué es lo que lloras?

AURORA.

Mis desventuras, señor.

EL PEREGRINO.

¿Tan jóven y ya te acosan
El corazon las desdichas?

AURORA.

Cada dia se redoblan.
Mas perdonadme estrangero
Si mi pregunta os enoja,
Y á vuestra edad sin respeto
Os interrumpo curiosa.
¿Venís de Francia?

EL PEREGRINO.

Es mi patria.

AURORA.

¿Y la habeis andado toda?

EL PEREGRINO.

Toda la conozco á palmos
Desde una punta á la otra.

¿ Mas qué te suspende niña ?
¿Qué empacho pueril te estorba
Finalizar tu pregunta ?
Nada me has dicho hasta ahora.
Si acaso en Francia se hallare
Alguna madre amorosa...

AURORA.

No la tengo.

EL PEREGINO.

Algun hermano...

AURORA.

Tampoco.

EL PEREGRINO.

Alguna persona
Querida... Tal vez la misma
Ocasion de tus congojas.

AURORA.

Pues bien, anciano, es muy cierto.
Hay una cuya memoria
De mi no se aparta nunca.

EL PEREGRINO.

¿ Un hombre ?

AURORA.

Si.

EL PEREGRINO.

¿De española
Sangre nacido?

AURORA.

En sus reyes
Orígen su sangre toma.

EL PEREGRINO.

¿Pasó á Francia?

AURORA.

Por mi culpa.

EL PEREGRINO.

¿ Le amabas ?

AURORA.

Mucho.

EL PEREGRANO.

¿ Y se nombra?

AURORA.

Don Felix es de Aracena.

EL PEREGRINO.

¿ Altivo ?

AURORA.

Y galan.

EL PEREGRINO

¡Dichosa
La muger que para suya
Tan buen caballero escoja!

AURORA.

¿Le conoceis?

EL PEREGRINO.

Sí por cierto,
Que es conocerle gran honra.

AURORA.

¡Hablad por Dios!

EE PEREGRINO.

La fortuna

Le acude con mano pródiga.
Mas liberal cada dia,
De dicha y de honor le colma.
La Francia entera le aplaude,
Y vá su nave orgullosa
Por el mar de los favores
Navegando viento en popa.
El sabio Rey Luis Onceno
Con ciega pasion le adora;
Y el príncipe sin empacho
Le admite en su misma alcoba;
Con ellos á caza sale,
Gran fama con ellos goza
De entendido y de valiente:
Y aunque parezca lisonja,
No fue mejor caballero
Con el Rey Luis á Borgoña.

AURORA.

¡Callad , buen viejo , callad!
Que la ventura me agobia
Al oir tan gratas nuevas.
Mas decidme , ¿ tanta gloria,
Buen peregrino , del alma
Le habrá arrancado ambiciosa
El amoroso recuerdo

De su abandonada Aurora?

EL PEREGRINO.

¡ Ay ! todo el tiempo, hija mia,
Lo confunde y lo trastorna,
El curso á los rios tuerce
Y las montañas desploma.

AURORA.

Basta, peregrino, basta,
Que siento que sangre brotan
Las mal cerradas heridas
Que mi corazon destrozan.
¿Con qué me olvida?

EL PEREGRINO.

Lo ignoro.

AURORA.

¿Mas no sabeis?...

EL PEREGRINO.

Que ama á otra.

AURORA.

¡Triste de mí! Si él me falta
Todo lo demas me sobra.¡

Ya estas palabras sintiendo
Que las fuerzas la abandonan
El estrangero los brazos
Tendió á la infeliz Aurora.
Cayó sin sentido en ellos
Y él blandamente dejóla
De la florecida yerba
Sobre la mullida alfombra.

Cuando tras breve desmayo
La niña á vida volvió,
Tendió desatalentada
Los ojos en derredor
Y del arroyo á la márgen
Cuando sola se encontró,
--- «Sin duda, dijo, he soñado,
»Asi sea ¡ plegue á Dios !
»Que á ser realidad, con ella
»No pudiera el corazon.
»Sí, sueño fué: el peregrino
»Que tales nuevas me dió,
»De mi loca fantasía
»Fué no mas una ilusion.
»Sí, todo ha sido un ensueño
»¡ Mas cuánto me atormentó ! »

En tanto avanzaba el lóbrego
Nublado amenazador,

Y ya á lo lejos se oía
De trueno el cóncavo són.
Zumbaba el viento arrastrándose
En torbellino veloz,
Mas sin templar de la atmósfera
El álito abrasador.
Caían de cuando en cuando
Precursoras del turbion
Anchas y redondas gotas
Que se tornaban vapor:
Y amedrentadas las aves
De abrigo preciso en pós
Cruzaban el aire denso
Sin segura direccion.
Solo el salvage milano
Con vuelo fascinador
Suspendido se cernia
En la azulada region,
Y á la impetuosa tormenta
Precediendo sin temor,
Giraba en círculos sesgos
Graznando en áspero son.
La senda con lento paso
De su alquería tomó
Aurora, saliendo apenas
De su honda enagenacion,
Y por la arenosa márgen

Del arroyo saltador
Hasta el umbral de su puerta
Meditabunda llegó.
Allí arrancando un suspiro
Del fondo del corazon,
¡ Qué hará don Felix ! — Se dijo,
Y á su aposento subió.

VI.

Y yendo dias y viniendo dias,
Y Aurora sin ceder en sus manías,
Un año se pasaba y otro año
Sin que entendiera nunca el desengaño.
Sueño no mas creyendo al peregrino
Creía sin embargo en la firmeza
De don Felix, agüero sospechándolo,
Mas feliz esperando su destino
Cuanto cierta su dicha y su riqueza.
¡ Tal es nuestra locura !
Nunca creemos mas de los agüeros
Que la parte de bien y de ventura:
Si allá en noche afanosa
Negro, espantoso, aterrador ensueño
Con tenaz pesadilla nos acosa,
Su memoria azarosa
Olvidar procuramos con empeño
Cual creacion del alma vaporosa.

Mas si dulce ilusion blanca y risueña
Nuestro reposo encanta,
Al punto la juzgamos
De grato porvenir ilusion santa.
Asi pensaba Aurora
La vuelta de don Felix esperando
Fiada en su palabra engañadora;
Siempre en su cierta ingratitud dudaba,
Mas siempre en la fortuna ,
La fama y los honores que adquiria
Creía sin cesar , sin ver que fuesen
Visiones de su amante fantasía.
Y siempre en la ladera
Del manso arroyo con afan sentada
Por la senda tendia
La vista enamorada
Creyendo que don Felix volveria.
Embebida en tan dulces pensamientos
Una tarde de julio calurosa
Descansaba la niña fatigada
Del arroyo á la márgen arenosa:
Los ojos en el cielo
En lágrimas de amor humedecidos
Distraida fijaba
Sin fé ni objeto por su azul perdidos.
La imágen de don Felix
Mas que nunca amoroso,

Mas que nunca galan veia acaso
Que á su valle volvia
Con ciego amor y presuroso paso.
Y ella ufana á su vez con su hermosura
Los brazos le tendia
¡ Mas ay que la vision nùnca venia !
Siempre, sí, de sus bellos pensamientos
La efímera ventura
Deshacia de un soplo
Su secreta y fatídica amargura.
Siempre se hundian sus dorados sueños
En el mar de sus lágrimas, y al cabo
Sus delirios no mas siendo la suerte
Que aguardaba dichosa,
Miraba al porvenir ... y no veía
Mas esperanza que la tarda muerte,
¡ Pesadilla fatal que la oprimia !
Y aquella bienandanza
En que soñó á don Felix, la privanza
Que en Francia con el príncipe gozaba,
Todo cuanto la dijo el peregrino
La idea de otro amor la emponzoñaba.
Todo era en su opinion sueño y mentira,
Todo ilusion de su alma enamorada
Mas ¡ cuánta fé, cuánto placer la inspira
Su esperanza infundada !
Y al par ¡ con cuán fundada incertidumbre

Su dichosa ilusion tenaz conspira
De su amor á que dude despechada !
¡ Ay , desdichada Aurora,
Cuán arraigada la memoria guardas
Del ingrato amador á quien aguardas !
¡ Con cuánta fé tu corazon le adora !

Y asi sin claro objeto
Y sin clara razon la pobre niña
Presa infeliz de su dolor secreto
Enamorada llora,
Y del límpido arroyo en la ladera
Siempre en su amor sin esperanza espera.

Y en él estaba pensando
Meditabunda y llorosa,
Cuando en el fin del camino
Distinguir creyó una sombra
Que deslizándose rápida
Por la vereda tortuosa
Se aclara y se patentiza
Segun la distancia acorta.
Tembló de pavor al verla,
Que no es ilusion ahora
De su ardiente fantasía
Sino realidad odiosa.
Es el mismo peregrino

Que ha vivido en su memoria
Dos largos años , imágen
De un sueño amedrentadora.
El és , con su blanca barba,
Su paso y faz magestuosa
Su indefinible sonrisa ,
Su mirada escrutadora,
Con su sayo penitente
Y su bordon y sus conchas.
El es , sí : y á su presencia
Todo lo comprende Aurora.
Toda la verdad del sueño
A su mente se la agolpa
Con el certero puñal
De una exactitud diabólica.
Don Félix rico y dichoso
Cuya nave va orgullosa
Por el mar de los favores
Navegando viento en popa;
Heredero del condado
Que muerto su padre goza,
Querido del rey de Francia,
Celebrado en toda Europa
Por entendido y valiente ,
Sin ayos que se interpongan...
Mas de su amor olvidado
Y enamorado de otra.

Todo esto en su mente bulle,
Todo esto el alma la acosa,
Como horrible desencanto
De esperanza engañadora.
Y ella... necia sin ventura
Que de firmeza blasona
Conserva de quien la olvida
La ingrata imágen que adora!
Si aun era sueño dudaba
Cuando á sus oidos próxima
Oyó una voz que decia
Dios sea contigo, Aurora.»
Rompió á llorar escuchándola
La muchacha, y su congoja
Respetando el peregrino
Tras larga pausa asi hablóla.
—¿Aun vives niña y aun amas?
¿Y aun el raudal no se agota
De tu llanto y de tu vida?
¡Fortuna infeliz te toca!

AURORA.

¿Con qué es verdad que á don Felix
Protege fortuna pródiga,
Y en honores y riquezas
Consigue cuanto ambiciona?

¿Con qué es verdad y no sueño
Que ha dos años vuestra boca
En esta misma ladera
Me dijo que amaba á otra?
¡ Ah ! quien quiera que seais
Hombre , ó vision ilusoria
Que desde Francia venís
No mas que á apagar la antorcha
De mi esperanza , volveos,
Tornad á esa Francia odiosa
De donde venir no pueden
Mas que sierpes ponzoñosas.
Idos, buen viejo, y dejadme
Con mis pesares á solas,
Dos años há que os conozco
Y en vos no creí hasta ahora.

EL PEREGRINO.

¿ Y no me preguntas nada?

AURORA.

Cuanto me digais me sobra
Si Felix no vuelve.

EL PEREGRINO.

Nunca.

AURORA.

¿Con que es ella tan dichosa
Que en las redes de su amor
Para siempre le aprisiona?

EL PEREGRINO.

Para siempre.

AURORA.

¿Tanto le ama?

EL PEREGRINO.

Ambos con furor se adoran.

AURORA.

¡Fortunado de él!

EL PEREGRÍNO.

Sin duda
Pues cuanto apetece logra.

AURORA.

¿Y ella es muy noble?

EL PEREGRINO.

Duquesa.

AURORA.

¿Jóven?

EL PEREGRINO.

Mucho.

AURORA.

¿Y muy hermosa?

EL PEREGRINO.

Toda alabanza es escasa.

AURORA.

¡Ojalá Dios les dé toda
La dicha que les desea
Quien por sus venturas llora!

EL PEREGRINO.

¿No le amas ya pues tan fácil
Su ingratitud le perdonas?

AURORA.

Cual nunca de sus recuerdos
El fuego ¡ay Dios! me devora:
Si, *mas yo solo á quien amo*
Deseo fortuna y gloria.

EL PEREGRINO.

¡Mas si él te ultraja!...

AURORA.

En amarle
Yo pago una deuda propia,
Si me olvida, cuenta es suya.

EL PEREGRINO.

¿Mas no de otro amor celosa....?

AURORA.

No, si él es feliz con ella,
El no serlo yo ¿qué importa?
¿Por qué la ventura agena
querré turbar envidiosa?
No, que gocen y que nunca
Les enoje mi memoria.
Y aqui el raudal enjugando
De sus lágrimas Aurora
Quedó al parecer tranquila:
Mas ¡ay! calma mentirosa,
porque dentro de su pecho
fermenta devoradora
la llama de sus pesares,
Que ni extingue ni sofoca

La virtud que la consuela
Pero que su amor no doma.
Absorto ante esta sublime
Abnegacion generosa
Al fin el viejo estrangero
Dejó correr turbia sola
Por su tostada megilla
De amargo llanto una gota.
Y Aurora tornando el rostro
En cuya faz amorosa
Distinto aspecto sus rasgos
Y estraño carácter toman,
Dijo asi con voz dulcísima,
Mas firme y fascinadora,
A la que Aurora no pudo
Permanecer silenciosa.
—¿Ningun deseo te resta
Que te se pueda lograr?

AURORA.

Solo imaginarlo es dar
En necedad manifiesta.

EL PEREGRINO.

¿Quisieras volverle á ver?

AURORA.

Si, siempre verle quisiera
Mas sin que él verme pudiera
Que fuera aguar su placer.
Si, en ser eterno testigo
De su ventura me holgara,
Pero sin que él sospechara
Que estaba siempre conmigo.
Verle, oirle, noche y dia,
Poder cual ángel de Dios
Ser continuo entre ellos dos,
Espíritu de armonía.
Inspirarle siempre fé,
Siempre amor, siempre ventura
Y encontrar mi sepultura
De su sepultura al pie.
Mas esto, buen peregrino,
Ya veis que es delirio necio!...
La voluntad os aprecio
Mas seguid vuestro camino.

EL PEREGRINO.

No hay cosa que alguien no pueda:
Y nadie en la tierra sabe

Lo que en lo posible cabe,
Lo que en lo imposible queda

Esto contestó aquel viejo
A la propuesta de Aurora
A punto que por la tierra
Se derramaban las sombras.
Cerraba la noche obscura,
Tan negra y tan tenebrosa,
Que no alcanzaban los ojos
A la distancia mas corta.
El viento lánguidamente
Suspiraba entre las rocas
Y alzaban triste murmullo
Las casi agotadas hojas.
Con grande inquietud Robleda
De gran pesar precursora,
De los elementos via
La revolucion medrosa.
Pavor sentia su alma,
De noche tan densa y lóbrega,
En que imagina su suerte
Tan negra como la atmósfera.
Y ante una ventana abierta
Enterrado en su poltrona
Al cielo sin luz miraba
Con faz y con vista torva.

¿Qué espera allí? Lo que nunca
Volverá á ver mas; su Aurora.
Su amor, la luz de sus ojos,
El aliento de su boca.
¡Ay padre infeliz! bien haces
En llorarla: llora, llora,
Que no has de volver á verla
Porque el amor te la roba.
En vano al ver que se pasan
De la noche horas tras hòras,
Por todo el valle la busca
Con ansiedad congojosa.
En vano de los peñascos
Por las quebradas recónditas
Con tristes voces la llamas,
Cuando á tu voz está sorda.
En vano vas al castillo
Donde los restos reposan
Del viejo conde, y preguntas
A sus gentes lo que ignoran.
En vano sí, al pie del busto
Que su sepulcro corona
Con supersticion sencilla
Humildemente te postras.
En vano, sus pies besando
De piedra insensible y tosca
Le ruegas que como en vida

Vele por él y su honra.
En vano le dices -- « Conde
Mira que es mi única joya.
Y aun vive tu hijo... ¡Levántate
Entre el seductor y Aurora! »
La estátua no te responde,
Ni dentro la huesa cóncaba
Aunque tus ayes retumben
Encontrarán quien los oiga.
No, no. La buscas en vano;
Vé, ya en el Oriente asoma
La Aurora del nuevo dia
Mas no volverá tu Aurora.
Grande misterio la esconde,
Grande voluntad la estorba
A tus fatigados brazos
Volver bella y cariñosa.
Solo te quedan, buen viejo,
Los ojos y la memoria,
Para llorarla perdida.
Llora, desdichado, llora.

VII.

En una selva del Garona á orillas,
De antiquísimos robles rodeado,
De recios chopos y hayas amarillas,
De almenas y de torres coronado
Un enorme castillo se levanta;
Y el viajero mirando se amedrenta
Tanto artificio y fortaleza tanta;
Que es por demas su fábrica opulenta.
Profundos y anchos fosos le circundan,
Cuyos cóncabos senos
Las turbias aguas del Garona inundan;
Y dos seguros y macizos puentes
De gruesas barras y cadenas llenos
Dos caminos franquean diferentes,
Que á poco de la obscura fortaleza
Se pierden de la selva en la maleza.
Por cima de los árboles copudos,
Afrenta audaz de su estatura enana
Y sus silvestres pabellones rudos,

La gigantesca torre
De los vijías se levanta ufana
Ceñida de esquisita filigrana
Que al encaje sutil parejas corre.
Allí á merced del ábrego tendida
De remate sirviéndola tremola
Una bandera sola :
Y esa bandera sobre el bosque erguida
De aquella tierra protectora ejida
Es bandera feudal, y es española.
Sí, española ; que entonces nuestra España
No era menguada y voluntaria presa
De la ambicion y la doblez francesa;
Y á la estranjera posesion estraña
Para lavar con sangre una mancilla
Podia en solo un Sol con justa saña
Tercios y buques aprontar Castilla ,
Y su fiero Leon pronto á la guerra
Con un rugido amedrentar la tierra.
Era española, sí; su lienzo rojo
Mostraba de un blason en los cuarteles
De Aragon y Navarra los laureles
Los timbres de Leon y Andalucía
Que siempre con acérrima hidalguía
A su Dios fueron y á su patria fieles.
En esta solitaria fortaleza
Cansado de las cuitas cortesanas

Y de sus nécias ceremonias vanas
En los brazos del ócio y la pereza
Un conde jóven y español vivia,
En bailes y festines repartiendo
Las horas de la noche, y eligiendo
Para la caza ó la sortija el dia.

Con él iba á la par su bella esposa,
Y á celebrar sus bodas les seguia
Comitiva de amigos numerosa,
Llenando sus efímeros deseos
Los mas alambicados devaneos.
Séquito de escuderos y vasallos
Y sumas de dinero nunca escasas,
Proporcionaban cañas y torneos
Luchas de fieras, puestas de caballos;
Y zambras de cristianos y de moros
Rícamente dispuestas y vestidas,
Y aun con gasto escesivo prevenidas
Corridas hubo de navarros toros.

Admirados quedando los franceses
De ver un español que con destreza
Rendia audaz de las pujantes reses
A un trapo y un estoque la fiereza.

Y asi el señor don Felix de Aracena
Gozaba en su castillo del Garona
De su reciente union la enhorabuena,
De conde y duque doble la corona.

Y orgulloso ademas , (que al cabo era
En España nacido)
De contínua fortuna lisongera
Por demas protegido ,
Mozo , rico, y feliz con la que amaba,
De su ventura y juventud gozaba.
¿Y quién su antojo reprochar podria?
¿Quién su suerte ¡pardiez! no envidiaría?

Era una noche azul , serena y clara;
Resplandecia en el cenit la luna
Sin que perdida nube la manchara
Ante su faz cruzando inoportuna.
Lánguida brisa de campestre aroma
Bullir entre los árboles se oia
Y allá del monte en la encumbrada loma
El manantial de la fecunda fuente
Brillar al lejos con su luz se via,
Por un peñasco al resbalar pendiente.

El desigual murmullo campesino
Del bosque espeso, á su raudal vecino
Ensordecia el rápido Garona
Hirviendo sin cesar allá en la hondura,
Y su rugiente voz lanzando osado
Del monte enmarañado
Por la frondosa y lóbrega espesura.

Ya Dentro del castillo no sonaba
El son de los alegres instrumentos
Que el oido á sus dueños regalaba
Hartos de fiesta y de pesar exentos.
Mas se vian aun por las ventanas
Cruzar las luces y la sombra errante
Que de atentas camareras cortesanas
Viejo escudero, ó pajecillo amante
Que de la estancia oculta retiraban
Donde ya sus señores reposaban,
Y aunque ya no se oian de contado
Las váquicas canciones
Aun se via el servicio descuidado,
Las mesas del festin en los salones.
Y ya á su fin tocaba la carrera
De la noche apacible
Y la luna á su hora postrimera
Cuando en su rica y silenciosa estancia
Bajo el dorado pabellon del lecho
La duquesa Clotilde con su esposo
A impulso del amor que arde en su pecho
En el lenguaje de la culta Francia
Asi seguia diálogo amoroso.

CLOTILDE.

No es feliz adorado

Mostrar que mancha en tu pasion sospecho
Tu historia demandar: te has engañado.
Solo intentaba pues rebelde el sueño
Nos niega su benéfico beleño
Entretener nuestra tenaz vigilia
Con divertida historia;
Y sin pensar me vino á la memoria
Recuerdos demandar de tu familia.

DON FELIX.

Aleja de ella, mi Clotilde hermosa
Toda sospecha ruin; y no te crea
Por ignorarla sin razon zelosa;
Yo te la contaré tal como sea,
Aunque por muy vulgar es fastidiosa.

CLOTILDE.

Y yo la escucharé grata y atenta.
Celebrando sus lances,
Sintiendo sus percances
Y teniendo á la par tus travesuras
De tu inesperta juventud en cuenta.

DON FELIX.

Pues escúchame ya ¡Clotilde mia!
Juveniles locuras y un momento
De sonrisa que logren arrancarte,
Será mi recompensa y mi contento.
Y si el cuento monótono te auxilia
En brazos á caer de manso sueño
Ese favor de más ¡oh dulce dueño!
Deberémos los dos á mi familia.

CLOTILDE.

Empieza, Felix mio, que te escucho,
Y estoy por tu relato
Mucho antojada, y cuidadosa mucho.

DON FELIX.

Nací español; lo sabes por mi trato
Franco y leal, y por mis nobles hechos;
Que no hay en mi pais doblez ni engaños
En palabras de nobles, ni en sus pechos
Miras serviles, cábalas, ni amaños.
Era mi padre conde de Aracena.
Para avaro heredero corto estad o

Mas posesion muy buena
Y herencia suficiente
Para heredero jóven y valiente
Con humos y esperanzas de soldado.
Pasé mi juventud en un castilo
De Aracena, entregado
A un preceptor escueto y amarillo
Cuya cabeza vana
De lógica encerraba mas cuestiones
Que girones y puntos su sotana.
Este me hacia leer la antigua historia,
Mucho inútil latin y mucho griego
De fárrago atestando mi memoria
Que lo aprendia y lo olvidaba luego.—
Este viejo Fermin que habita ahora
Con nosotros aqui, franco soldado
Como niño á tratarme acostumbrado,
Ducho en caballos y en combates diestro
Cuando á próvida edad hube llegado
De armas y equitacion fue mi maestro.
Y puedes colegir, Clotilde mia,
Por tan ilustre y célebre colegio
Lo que la suerte de mi hogar sería.
Aunque en Dios y en verdad que tengo oido
Que mi padre vivia en aquel tiempo,
De la corte y del Rey muy mal querido
Por no sé qué opiniones de partido.

Y aqui, bella Clotilde,
Tu indulgencia reclamo
Ya que á tal confesion me avengo humilde.

CLOTILDE.

¿ Hay algun pecadillo
De amor?

DON FELIX.

Precisamente
La ocasion de salir de mi castillo,
Que fué de esta manera.

CLOTILDE.

¡ Bravamente!
Pláceme el cuento asi, franco y sencillo.

DON FELIX.

Tenia entonces yo veinte y dos años,
Fieros con mi selvática nobleza,
Los riesgos del amor me eran estraños,
Y con mil esperanzas y deseos
Tenia, de una véz y sin rodeos,

Fuego en el alma y aire en la cabeza,
Allá en mi mente un mundo comprendia
Que no era el mundo real, con largo trecho,
Pero era un mundo como ser debia,
De mis ideas miserables hecho.
Yo, reducido al círculo mezquino
D mi desmantelado castillejo
De un valle á él vecino,
Y un pueblecillo viejo;
Sin mas ocupacion que los sermones
Del preceptor, católico latino,
Los perros, los caballos, los halcones,
Sin mas servicios que correr la sierra
Al javalí y al ciervo haciendo guerra,
Era un mozo en verdad muy decidido
De quien con una direccion juiciosa
Se podia sacar muy buen partido.
En este estado pues cruzando un dia
El valle ameno á mi mansion cercano,
En una aislada casa ó alquería
Encontré una doncella
Como los sueños de un muchacho bella,

CLOTILDE.

¿ Bella?

DON FELIX.

Menos que tú ¡ Clotilde mia!
Mas de tu claro sol, vívida estrella,
Hija de un militar viejo y lisiado,
Que habia con mi padre en sus niñeces
Como valiente con honor lidiado,
Y aun salvado su vida varias veces.
Yo mozo y tan travieso,
Ella hermosa y tan pura,
Yo rico de alma y ella de hermosura...
Vine al fin á perder mi poco seso.
La amé y me amó : con infantíl locura
De la pasion en brazos nos lanzamos,
Y dos años vivimos
Viéndonos siempre que ocasion hallamos,
Fieles al par cuanto mejor supimos.

CLOTILDE.

¿Y la amabas?

DON FELIX.

La pobre zagaleja
Sin duda por su padre sorprendida

Me iba á huir sin razon, ni despedida;
Me opuse á tiempo, mas mi padre atento
Me espiaba á su vez, y en un momento
Nuestro amor se rompió y nuestra constancia
Enviándome mi padre á hacer fortuna
A las campiñas de la alegre Francia;
Donde guerrero injerto en cortesano
La suerte amiga me tendió su mano,
Y la memoria del amor primero
Se borró con el tiempo y la distancia,
Aunque no mi deber de caballero.

GLOTILDE.

¿La amas pues todavia?

DON FELIX.

¿A quién despues de ti, Clotilde mia?
Mas ella la infeliz alli encerrada
Con las aves no mas del valle oculto
Acaso vivirá muy desdichada
Por culpa de un mancebo, que insensato
La juraba un amor que era imposible,
Y que era fuerza que olvidara ingrato.

CLOTILDE.

¡ Y aun guardas su memoria inextinguible!...

De su diálogo aqui los dos esposos
Dulcemente llegaban
Cuando la bella historia les turbaron
Alaridos y gritos misteriosos
Que á la reja del cuarto en que se hallaban
En repentina música estallaron.
Oíase á lo lejos
Rodar la tempestad, arrebatada
En alas del revuelto torbellino;
Y en pós de los vivísimos reflejos
Del rápido relámpago rugia
La poderosa voz del ronco trueno,
Que la nube sombría
Dentro guardaba del preñado seno.
Del viento proceloso
Al vaiven vigoroso
Crujir se oían los tronchados robles,
Y de los puentes las cadenas dobles
Rechinar en los goznes sacudidos
Por el recio huracan estremecidos.

«¿ Oyes, Clotilde? preguntó don Felix
A su aterrada esposa:
Sin duda se ha formado de repente
Tempestad horrorosa.

CLOTILDE.

Yo no se qué temor me sobrecoje,
Felix, á ese rumor.

DON FELIX.

Hace un momento
Que en la enramada de la selva hojosa
Tranquilamente suspiraba el viento.

CLOTILDE.

¡ Mas escucha!... parece,
Felix, que esa ventana se estremece.

DON FELIX.

El viento que se estrella
Con estrépito en ella.

CLOTILDE.

Eso será.

DON FELIX.

Sí á fé.

CLOTILDE.

Mas parecia
Que alguna voz humana...

DON FELIX.

Pura imaginacion, Clotilde mia,
Solo las aves pueden
Llegar á esa ventana.

Mas la sangre de horror se heló en las venas
De los esposos nobles,
Y paso hallaban al aliento apenas
Al oir el diabólico ruïdo
Con que en aquella reja se efectuaba
Un misterio á los dos desconocido,
Mas cuya inmediacion amedrentaba.
Tras aquella ventana parecia
Que el espíritu negro de la noche

La tempestad horrenda dirigía.
Allí agitado el viento
En las caladas piedras estrellándose
Bramaba airado con salvage acento
En las molduras góticas rasgándose.
Ya remedaba el suspirar doliente
De angustiada muger; ya murmuraba
Como escondida fuente,
Y á veces parecia
Oirse en realidad, no en apariencia,
Diabólico concierto que auguraba
De séres invisibles
La cercana presencia.
Y entonces se mezclaba
En desacorde son y grita horrible
Detras de aquella reja
El graznido fatal de la corneja,
De la hiena irascible
El áspero gruñido,
De la tímida tórtola el arrullo,
Del pardo lobo el prolongado ahullido,
Y el agudo silbido
De la sutíl culebra,
Y el trémulo relincho del caballo,
Y el canto triunfador con que celebra
Su victoria ó su amor el ronco gallo.
De este tumulto á par se percibian

Palabras cuyo bárbaro sonido
Ofendia el oido,
Y que mucho á conjuros parecian.
Ya era un susurro sordo y soñoliento
Al son de las abejas parecido,
Ya era penado é íntimo lamento
Arrancado á un dolor fiero y profundo,
Ya el son ahogado del escaso aliento
Del último estertor de un moribundo.
Y acaso entre tan varios alaridos
Se perciben dulcísimos quejidos
De voz enamorada,
Voz de muger que trémula suspira,
Amorosas canciones
Que ciego amor á su pesar la inspira.
Y esta voz mugeril tierna y amante
De hondo misterio incomprensible henchida
Halagaba tal vez por un instante,
Pero dejaba luego
De pena el alma y de pavor transida,
Ya remedando interesante ruego
Ya congojosa y triste despedida.
Y estos aterradores
Fatídicos clamores,
Estas mil voces sin compás mezcladas,
Formaban tan fantástico conjunto,
Tan estraña y confusa bataola

Que el mas bizarro corazon si oyóla
Olvidó su valor de todo punto.
Don Felix, aunqne asaz supersticioso
Y mucho á tal rumor amedrentado,
Saltó por fin del lecho
Y á la ventana se arrojó brioso,
De Santa fé fortalecido el pecho
Y de agudo puñal el brazo armado.
Abrió y en el instante
Repentino relampago
El aire opaco iluminó brillante;
Bocanada de viento reboltoso
Al aposento penetró ortentoso ;
Las gotas de la lluvia desiguales
Botaron de través en los cristales
Desparramadas resbalando al suelo;
Sin que se viera en la estension lejana
De la nublada cavidad del Cielo,
Mas que las nubes que en tropel seguian
De la tormenta el fugítivo vuelo.
—Ya la tormenta pasa
(Dijo don Felix en redor mirando)
Y por Oriente el horizonte arrasa.

CLOTILDE.

¿Que vés?

DON FELIX.

La lluvia, que en verdad no escasa
En pantano cambió toda la tierra;
Mas cesa ya.

CLOTILDE.

Pues cierra
Felix, que ese aire mata.

DON FELIX.

Cierro y durmamos, que se acerca el dia,
Y si el aire las nubes arrebata
Mañana harémos á mis ciervos guerra
Y otra vez tendrá fin la historia mia.

VIII.

Amaneció el siguiente
Limpio, sereno y luminoso dia
Coronado de sol resplandeciente,
Y dispuesta al placer la noble gente
Que en el castillo á la sazon habia
Se aprestó diligente
Para pronta y alegre cazería.

Ordenaron los pródigos barones
A escuderos y pages y vasallos
Sus perros aprontar y sus caballos
Y las demas precisas provisiones.
El rumor de la fiesta en un momento
Retumbó de aposento en aposento,
Y atronaron los largos corredores
Con apodos, con trompas y con gritos
Guias, palafreneros y ojeadores.
Por los patios cundieron
Con gran tumulto y bataola fiera

Voces de mando y ruidos de quimera,
Y tumulto de gente aglomerada,
Y relinchos, y silbos, y ladridos
En que rompió azuzada
Toda impaciente la trahilla entera.

Al repentino estrépito
Don Felix y Clotilde despertaron
Y al ver del sol los vivos resplandores
Dorar de las ventanas las junturas
Al punto adivinaron
La prisa de sus bravos cazadores.
Ya del lecho á saltar iba don Felix
Cuando Fermin su viejo camarero
Leal aragonés encanecido
En servicio del conde, y el primero
Que á empuñar le enseñó tajante acero
Y á domeñar un potro embravecido,
Entró en el aposento alegremente
Con franqueza exclamando aragonesa:
---¡«Voto á cribas! ¿aun duerme aqui la gente?
Levantaos, señor, y daos priesa
Que no quiero que os llame negligente
Esa orgullosa multitud francesa.»
Lo cual Clotilde oyendo
Díjole sonriendo;
Fermin, ¿qué audacia es esa?

Y el contestó la frase corrigiendo :
« Perdone mi señora la condesa ,
Francesa fué cuando doncella y sola
Mas unida á mi amo es ya Española. »
Con lo cual las cortinas apartando
El buen Fermin á su señor sirviendo
Pronto si no muy bien fuéle ataviando.
Y díjole don Felix :
A esos señores di que nos esperan
Que partan cuando quieran.
---¿Cómo, señor, y estando en vuestra casa...?
---Obedece, Fermin, que el dia pasa
Y nosotros al punto montaremos
Y á encontrarles iremos.
Salió el viejo , y don Félix
Ya vestida su esposa
Abriendo la ventana, exclamó al cielo
Mirando ¡qué mañana tan hermosa !
---Mas con lo que ha llovido, dijo aquella,
Debe de ser un cenagal el suelo.
A cuya reflexion bajando el conde
Los ojos, tropezó con un objeto
Del que no osaba mudo de sorpresa
Volverlos á apartar... y la condesa
Viendo que ni se mueve ni responde
Llegóse y apoyándose en su hombro
Siguió su vista , y el objeto hallando

Que contemplaba, enmudeció de asombro.

Pura, olorosa, fresca y solitaria
En una grieta que en el muro habia
Vejetaba una hermosa PASIONARIA
Que á los besos del aura se mecía.

Ocultas en el hueco sus raices,
Solo en el aire al parecer segura,
Mostraba sus riquísimos matices
De la pared sobre la piedra oscura.

———

Nacida en el dintel de su ventana,
Y en medio de sus góticas labores
Dijeran que la flor salia ufana
A ser vista no mas de sus señores.
Para ellos es la esencia soberana
Que exhalan sus purísimos olores;
Solo su mano alcanza á su guarida,
Y en su mano no mas tiene la vida.

———

En un capricho de la esposa bella,
En un deseo del galan esposo
Puso Dios el influjo de su estrella,
Y estriba en él su porvenir dudoso.
Acaso adorne su beldad con ella
Si halla Clotilde su valor precioso,
Y él acaso la arranque y se la ofrezca
Como oportuno adorno le parezca.

——

Mirábanla los dos y no podian
Dejarla de admirar. ¡ Qué hermosa era !
Al sol sus verdes hojas se tendian
La flor de su capullo echando fuera,
Y una encantada tienda parecian,
Cuyos lienzos plegando una hechicera
El primoroso encanto que guardaba
Bajo su rico pabellon mostraba.

——

Y al mágico poder de sus conjuros
Sometida la flor por el encanto
Los tornasoles de la luz mas puros
Reverberaba su oloroso manto.
Los del iris radiante eran oscuros,

Y no brillaban los del alba tanto
Como los que la flor mostraba en ella
Ante los ojos de la esposa bella.

——

Sí á fé : los de Clotilde parecian
El espíritu y luz de sus colores;
Con mas lujo y valor resplandecian
Cuanto mas la miraban sus primores:
De su cáliz asi se desprendian
Mas suaves y mas puros sus olores,
Y á do Clotilde en rededor miraba
Girasol de sus ojos se tornaba.

——

Si tendia su mano hasta cojerla
Oscilaba á su tacto estremecida;
Si acercaba sus ojos para verla
Se esponjaba al favor agradecida;
Si llegaba con su álito á mecerla
Cobraba al recibirle doble vida,
Y era en fin de su antojo tributaria
La encantada y silvestre Pasionaria.

——

¿Cuándo ha nacido esa flor?
Dijo el Conde á la Condesa.
¿No has sido de esta sorpresa
Díjole ella, tú el autor?

DON FELIX.

¡ No , á fé mia !

CLOTILDE.

Yo pensaba
Que tu la hubieras traido.

DON FELIX.

No por cierto , ahí ha nacido.

CLOTILDE.

Artificio la juzgaba,
¿Pues cómo en piedra tan dura
Flor de tal delicadeza?

DON FELIX.

¡ Estraña naturaleza!

CLOTILDE.

¡Y mas estraña hermosura!
¿Mas la tormenta pasada
Como de ahí no la arrancó?

DON FELIX.

Antes creo que brotó
Con ella fecundizada.

CLOTILDE.

¡Raro portento!

DON FELIX.

Sí, á fé.

CLOTILDE.

Y que olorosa y que bella.

D. FELIX (*alargando la mano para cogerla.*)

Orna tu frente con ella.

CLOTILDE (*deteniéndole.*)

No la cortes, no.

DON FELIX.

¿Por qué?

CLOTILDE.

Es que viva privilegio
Que la quiero conceder,
Paréceme que ha de ser
Arrancarla un sacrilegio.
Pues ha venido á adornar
Mi ventana flor tan bella
Ha de mantenerse en ella
Y en ella se ha de agostar.
Sea un secreto su vida
Velado á todo importuno,
No quiero que por ninguno
Pueda ser apetecida.

DON FELIX.

Sea, pues, como tu quieres.

CLOTILDE.

Secreto es mio , lo he dicho ;
Ya sabes que en un capricho
Se esclavizan las mugeres.

DON FELIX.

No quiera Dios , alma mia,
Que ese capricho te estorbe
Quien corriera todo el orbe
Por tu sola fantasía.
Viva esa flor hechicera
Cuanto asi pueda vivir:
Y..... ¡ ha de pesarla morir
Siendo tu su jardinera !

Y asi hablando los esposos
Al viejo Fermin llamaron
Y ambos á dos afanosos
Cuidados muy oficiosos
Por la flor le encomendaron.

Y viendo en el encinar
Correr ya los ojeadores
Para irlos luego á encontrar
Se mandaron ensillar
Sus dos caballos mejores.

IX.

Tres jornadas duró la cacería,
Fecunda en reses y en azares vária,
Y al volver la Condesa al otro dia
A visitar su linda Pasionaria
Encontróla en la grieta todavía
Pura, olorosa, bella y solitaria,
Mas frescos y brillantes sus matices,
Mas á la piedra asidas sus raices.

Las hojas de su verde enredadera
Profusamente en su redor brotaban,
Y muchas ya de la ventana fuera
En sus ricas labores se enlazaban;
Pero entre ellas la flor única era,
Mas capullos en ellas no apuntaban
Ni anunciaban sus galas esquisitas
Próximo el tiempo de ceder marchitas.

Y un dia se iba tras otro,
Y mas fresca y mas lozana
Abria cada mañana
Su tienda de hojas la flor,
Como amante cuidadosa
Que con el alba despierta
Y abre en silencio su puerta
A la señal de su amor.

La Condesa que hechizada
Con su hermosa flor vivia,
Pasábase todo el dia
Contemplándola crecer;
Y cada vez el ramaje
De su libre enredadera
Mas rico y sombrío era,
Mas lujurioso do quier.

Por do en el muro encontraban
O en la prolija moldura
Sus tallos una hendidura
Prendian una raiz,
Y de ella brotando pródiga
Rama fecunda y lozana
Entoldaba la ventána
Fresco y silvestre tapiz.

A par que se iba cerrando
Su enmarañado tejido,
El tallo á la flor asido
Iba creciendo á la par,
Y del ameno follage
La flor colgada en el centro
Del arco quedaba dentro
Entre uno y otro pilar.

Alli del sol y del viento
Y del turbion guarecida
Se prolongaba la vida
De la misteriosa flor;
Y alli conforme pasando
Iban los dias por ella
Amanecia mas bella
Y con hechizo mayor.

Y alli gozar dulcemente
Larga existencia esperaba,
Pues ella misma plantaba
Donde vivir un vergel;
Y alli sin duda orgullosa
A reinar sola venia,
Pues ella se suspendia
Su primoroso dosel.

Ufanos de poseerla
Los dos amantes esposos
Guardábanla cuidadosos
De todo estraño desman,
Y á fé que no se pasaba
Un dia en que veces ciento
No entráran en su aposento
De la flor con el afan.

Para velarla á las aves
De la ventana por fuera
Tendieron una ligera
Y sutilísima red,
Y nadie entraba en su estancia
Ni de noche ni de dia
Pues solo á Fermin se hacia
Tan señalada merced.

Alli pasaban las horas
Los Condes enamorados
Con su flor embelesados
En sabrosa soledad;
E íbanse mientras sus huéspedes
Del castillo despidiendo
Enojosa comprendiendo
O inútil su sociedad.

Asi olvidados y agenos
De amistades é intereses,
Iban pasando lo meses
En su castillo feudal,
Sin ver que pronto vendria
Lluvioso el invierno y crudo,
Y de su pompa desnudo
Sería el campo un erial.

Acostumbrados sus ojos
A encontrar cada mañana
Vejetando en su ventana
Con nueva vida su flor,
Tal vez identificóla
Clotilde con su existencia,
Divinizando en su esencia
Su porvenir ó su amor.

Tal vez simpático afecto
Hácia la flor la arrastraba,
Y un ser oculto adoraba
En su capullo gentíl,
Y acaso algun amoroso
Espíritu desterrado
Creia en ella encerrado
Con sencillez infantíl.

Le saludaba gozosa
Cuando el capullo se abria
Y al plegar le despedia
Su nocturno pabellon,
Como si en verdad pudiera
El que aquella Pasionaria
Algun alma solitaria
Recibir su estimacion.

El inocente capricho
Su amante esposo reía
A su loca fantasía
Crédito dando tal vez,
Pues era el amor su vida,
Y en el amor hay instantes
En que vuelven los amantes
Del niño á la candidez.

Mas ya el abrasado agosto
Trás julio ardiente pasaba,
Y nunca se marchitaba
Ni envejecía la flor.
Plegaba todas las tardes
Su capullo al caer el dia,
Y siempre á abrirle volvia
Con mas hechizo y primor.

Nunca brotaron sus ramas
Otros capullos , y nunca
Ni la tormenta la trunca,
Ni la arrebata el turbion,
Ni el crudo cierzo la hiela,
Ni la consume el rocío,
Y el invierno y el estío
Benignos al par la son.

——

Señor , (á D. Felix dijo
El viejo Fermin un dia)
A no ser vuestra diria
Que hay hechizo en esa flor.
---¡Hechizo Fermin! ¿qué dices ?
---Cosa de encanto parece
Porque ni mengua ni crece
Ni muere nunca, señor.

Mi señora la Condesa
Con ella está enloquecida,
Como á vos mismo la cuida
Y quiérela como á vos.
No tiene empeño mas grave,
Ni cosa que mas la importe,
Y hacer á una flor la corte
No es cosa que manda Dios.

Honores, fausto y nobleza
Por ella habeis olvidado,
Por ella habeis enojado
A vuestros deudos tambien,
Pues su amistad concibiendo
Que os era enojo importuno
Desfilaron uno á uno
¡ Y ojalá que pare en bien !

--- ¿Qué quieres decir?

---Yo nada,
Mas mucho el vulgo murmura,
Y dan por cosa segura
Que á la nigromancia os dais:
Que no sois Francés recuerdan
Y corren aunque en secreto
Sospechas sobre el objeto
Que en vuestro encierro llevais.

Dicen que habeis sometido
Por medio de un sabio ó brujo
De los astros al influjo
El horóscopo del Rey;
Y si va por donde quema
Del vulgo la vil malicia
Me temo que la justicia
Nos encare con la ley.

Y en fin señor, yo que embustes
No puedo sufrir en calma
Un dia me rompo el alma
Con el mejor del pais,
Y con tres Zaragozanos
Que meta entre esos Franceses
Hay una de Aragoneses
Que se estremece París.

---¡Bah! buen Fermin, no desbarres
Soñando con tus paisanos.
---¿Y los tres Zaragozanos
Que os sirven?
---¿Y qué son tres?
---Como el mas imberbe de ellos
En un callejon se aposte
Ya sé yo que el gran Prevoste
Con su ronda vuelve pies.

Fermin, replicó don Felix,
Decididos y tenaces
Ya sé yo que sois capaces
De eso y mas los de Aragon,
Mas si meteis algun dia
Quimera con los paisanos
Os mando cortar las manos
Sin otra averiguacion.

Y esto escuchando á una seña
De su señor, el camino
De la escalera mohino
Tomó y humilde Fermin.
Quedóse á solas don Felix
Con su flor y con su esposa,
Y en su posicion dudosa
Empezó á pensar al fin.

Estrangero y largo tiempo
De la corte retraido,
Y acaso el Rey prevenido
Estando ya contra él;
Por bizarro y opulento,
Con muchos enemistado;
Y de muchos envidiado...
Era algo ruin su papel.

Audaz por naturaleza,
Por Español altanero,
Valiente y buen caballero
Sufriera un desaire mal:
Y en su honor y antigua fama
A mantenerse resuelto
Hubiérasele devuelto
Al mismo Rey por igual.

Mas existia otra causa
Otra razon , otro objeto,
Otro escondido secreto
Que le impedia partir;
Secreto, sí, que hasta entonces
Dentro de su alma escondido
Habia tal vez vivido
Sin dejarse percibir.

Aquella flor que gozando
De una frescura infinita
Jamás doblaba marchita
Su primoroso boton;
Aquella flor misteriosa
Cuya inmediata presencia
Tenia oculta influencia
En su propio corazon.

Aquella flor cuya vista
Era el placer de su esposa,
De cuya esencia olorosa
Gozaba con tanto afan,
Vió el triste que allá en el fondo
De su pecho enamorado
Habia el poder cobrado
De un dañoso talisman.

De aquella flor peregrina
La hermosura le hechizaba,
En su presencia gozaba
Incomprensible placer,
Y al percibir de su cáliz
El mágico aroma apenas
Sentia dentro sus venas
La sangre inquieta correr.

De aquella flor á la vista
Sentia que en su memoria
Se renovaba una historia
De mucho olvidada ya,
Y en ella ardia un recuerdo
Triste, eterno y solitario,
Como luz que en un santuario
Ardiendo perenne está.

Jamás entibiado habíase
Con su esposa su cariño,
Pero su historia de niño
Jamás se le recordó
Hasta aquella horrible noche
De repentina tormenta
En que de su historia cuenta
Clotilde le demandó.

Indiferente y tranquilo
En la siguiente mañana
Abrió el mismo su ventana,
Mas la Pasionaria al ver
Sintió por la vez primera
Con amargo sentimiento
Aquel fatal pensamiento
En su mente aparecer.

Vago y sin fuerza hasta entonces
Y allá en el alma escondido
Recuerdo tal habia sido
Un imperceptible imán,
De cuya robusta fuerza
Jamás llegó á recelarse
Hasta que quiso apartarse
Del funesto talisman.

El, de sí mismo con miedo
Juzgólo aprension, capricho,
Y él no se lo habia dicho
Ni aun á sí mismo jamás;
Mas del buen Zaragozano
Fermin la ruda franqueza
Corroboró la certeza
De sus sospechas en mas.

Entonces con claros ojos
La realidad contemplando
Fue don Felix empezando
La verdad á comprender :
Por una parte alármada
La suspicacia francesa,
Por otra víctima y presa
De unos hechizos su ser.

De tantos ojos voraces
Atentos á sorprenderle,
Ocultarle y defenderle
Fue cosa imposible al fin,
Y de la flor el secreto
Por último divulgado
Por do quier fue interpretado
Con la malicia mas ruin.

Ya con amistad fingida
Y con pretestos capciosos
Llegaron varios curiosos
El castillo á penetrar,
Del español envidiado
En la mansion ó el semblante
Buscando del nigromante
Señales que denunciar.

Y algunos sábios fanáticos
Con curiosidad sencilla
Quisieron la maravilla
De la Pasionaria ver,
Mas enojado don Felix
De su impertinente audacia
Negóse con pertinacia
Su permiso á conceder.

Arrastrólos sin embargo
La fé de su ciencia vana
Hasta acechar la ventana
Donde existía la flor,
Y viendo á los dos esposos
En ella continuamente
Tuvieron por evidente
Un ser maleficiador.

Dieron al Conde don Félix
Por enemigo de Francia,
Y adquirió tal importancia
Esta opinion, que hasta el Rey
Llegó á recelar acaso
De aquel hechizo el influjo
Teniendo al supuesto brujo
Vigilado por la ley.

Don Félix que idolatraba
Con toda su alma á su esposa,
Sintiendo otra poderosa
Llama en su pecho brotar
Airado contra sí mismo,
Loca tentacion juzgándola,
Quiso de su alma arrancándola
La fé de su amor salvar.

Y un dia en que ambos gozaban
La bella flor contemplando
Conversacion entablando
Dijo don Felix asi:
---¿No te parece, Clotilde,
Que hay en esa Pasionaria
Una mágia estraordinaria
Que nos alucina?

CLOTILDE.

Sí,
Yo cerca de ella un deleite
Tan soberano percibo
Que me parece que vivo
Donde ella vive, mejor.
Nada con ella echo menos
Y en su presencia me place

Sentir Felix que renace
Mas tierno por tí mi amor.

DON FELIX.

No es tal mi dicha, Clotilde;
Yo siento una incertidumbre,
Una estraña pesadumbre
Al contemplarla no mas.
Paréceme que á su vista
Nuestro amor se disminuye,
Y la ventura nos huye
Para no volver jamás.

CLOTILDE.

Felix ¡tú pierdes el juicio!
¿Qué puede en nuestra ventura
Intervenir la hermosura
De esa solitaria flor?

DON FELIX.

No acierto, Clotilde mia,
De tal misterio el origen
Mas mil temores me afligen
Y... destruirla es mejor.

CLOTILDE.

Eso nó ; cuando la vimos
La acojí bajo mi amparo
Y quien la toque declaro
Que atenta á darme un pesar.
Aqui esa flor ha nacido
Y es mi deleite , mi encanto;
Y aqui Felix por lo tanto
Cuanto pueda ha de durar.

DON FELIX.

Sea , y no quieran los cielos
Que ese capricho te estorbe
Quien corriera todo el orbe
Para buscarte un placer.

CLOTILDE.

Ah, Felix mio perdóname
Si mi amor te la defiende
¿Mas en qué mi flor te ofende?
¿Qué puede en tu mal tener?

Mis ojos gozan mirándola
Tan pura siempre y tan bella,
Tengo mi capricho en ella
Como mi amor tengo en tí,
Tan poderoso es el mio
Como es el otro constante,
¿ Piensas que menos amante
La flor ha de hacerme ; dí?

No ; los gustos peligrosos
De la necia corte olvido;
Helos ya sustituido
Con su inocente primor,
Y aqui en soledad tranquila
En pura y campestre calma
Mas no apetece mi alma
Que su Felix y su flor.

Y asi diciendo, en los brazos
Cäe Clotilde del Conde;
Y este el semblante la esconde
Alterado de placer.
Y asi su enojo ahuyentando
Con dulcísimas caricias
Tornaron á las delicias
Del amor que les dá el ser.

Y uno tras otro asi fueron
Los bellos dias pasándose,
Su dulce vida llevándose
De soledad y de amor.
Y al asomar por Oriente
La Aurora cada mañana
Fresca, olorosa y lozana
Se abria siempre la flor.

—

X.

¡ Ay del que necio en la fortuna fia !
¡ Ay del que espera en el poder mundano !
El que vive feliz un solo dia
Otro tal vez igual espera en vano.
Si, todo al fin el tiempo lo trastorna,
Todo en la tierra por su mano pasa,
Y el monte que hoy adorna
Con espeso amenísimo follage
En breve espacio con furor le arrasa,
Sin que halle en el la yerba mas escasa
El pájaro mas ruin por hospedaje.
Y su golpe no quita
Casco ferrado ni áurea corona,
Ni su arbitraria enemistad se evita
Con fuertes torres ó tendida lona,
Porque salva la mar con solo un paso,
Y á su soplo se hienden las murallas
Como en el fuego se quebranta un vaso.
No hay para el tiempo ni exencion ni vallas.

Diez meses no serian
Tal vez cumplidos , y en dolor trocadas
Las dichas de don Felix se veían,
Su esperanza y sus glorias trastornadas.



Era un dia de niebla húmedo y frio,
Todo era soledad , silencio todo
El castillo sombrio.
No por sus anchas bóvedas sonaba
Rumor alegre de placer y vida,
No clamorosa multitud se hallaba
En sus largos salones reunida.
No, no; todo es ahora
Duelo y quietud, que el tiempo y la fortuna
Sientan alli su mano asoladora,
Y quien le habita llora
Sin esperanza alguna.
En un largo aposento
Do medio roble humea
Tendido en una antigua chimenea,
El rostro macilento,
Y de pesar el corazon transido
Yace don Felix en el hondo asiento
De una poltrona hundido.
Las lágrimas que brotan de sus ojos
Indicios son de su dolor; estrecho

Paso sus lábios dan á los gemidos
Que arranca de su pecho,
Y claros de la suerte los enojos
Se muestran en sus ayes doloridos.
Fermin, el buen soldado,
Mústio tambien y pálido el semblante,
Del fuego está delante
Junto al Conde sentado.
Y acreditar sus pesadumbres puede
La igualdad del señor con el vasallo,
Pues solo el infortunio la concede.
---No hay remedio, Fermin, dijo don Felix,
Los doctores asi me lo aseguran.
- - Los doctores, señor, por sí la yerran,
Casi siempre desgracias nos auguran.
--- ¡No, Fermin, es inútil esperanza!
Ellos mismos confiesan
Que su ciencia no alcanza
La muerte á detener.
Y aqui callando
Tornó al llanto don Felix,
Y el anciano Fermin siguió llorando.
Y era razon llorar por la Condesa,
Pues de dolencia inextinguible presa
Aunque de tres doctores asistida,
Se hallaba en tal momento
A las manos de un mal íntimo y lento

Próxima á despedirse de la vida.
Y en aquel aposento
Del esfuerzo postrero de la ciencia
Esperaban el fallo
Con dudosa impaciencia
El mejor Conde y el mejor vasallo.
Abrióse al fin la puerta
Que de la esposa al aposento daba.
Y la mirada incierta
Ninguno á ella dirigir osaba.
Tuviéronse en silencio los doctores
Al dintel con respeto
Al intenso dolor del noble esposo,
En su gesto turbado y lastimoso
Mal ocultando su fatal secreto.
Acercaos, señores,
Don Felix dijo al fin, darame ayuda
Para arrostrar en calma mis dolores
El Dios á quien suplico que me acuda
En mis cuitas mayores.
¿Hay esperanza aun?
--- «La ciencia vana
»De los hombres, señor, no encuentra alguna.
»Solo de Dios la ciencia soberana
»Sabe que sol alumbrará mañana,
»Y ve de todos el sepulcro y cuna;
»Fuera de esa esperanza, no hay ninguna.»

Cayó en su silla el Conde desplomado,
Y ocultando en las manos el semblante
En su propio dolor quedó abismado.
Y aprovechando al punto aquel instante
Del cuarto los empíricos salieron
Y del castillo, á dó jamás volvieron.

Su fin tocaba el dia,
Y mas densa la niebla encapotaba
La atmósfera ; la noche que avanzaba
Fria , lluviosa y lóbrega venia ;
Y sin fuerzas el viento no sonaba
En la enramada umbría.
En apartada alcoba
Que alumbra escasa lámpara , se queja
Clotilde hermosa á quien la vida deja,
Y á quien la muerte para el mundo roba.
Desencajado el rostro y amarilla
La tez rosada y pura
En sus radiantes ojos ya no brilla
La luz de la hermosura.
Sus lábios sin color no se despliegan
Con amorosa y celestial sonrisa
Y sus ebúrneas manos ya no juegan
Con sus espesos rizos,
Qne no mecerá mas la mansa brisa
Descubriendo los mágicos hechizos

Del torneado cuello
Del pecho virginal y el hombro bello.
Aun tiene, amante con su mano asida
De don Felix la mano,
Y aun con escaso aliento
Murmura su postrera despedida.
Y aun buscan en el lóbrego aposento
Sus turbios ojos el objeto amado
De su alma enamorada aun no borrado.
El amoroso Conde que la adora
Junto á su lecho desoladó llora,
Y á las palabras de su amor responde
Con palabras mentidas de consuelo,
Porque no se le esconde
Que á ver no volverá la luz del cielo.
---¿Por qué lloras, mi bien? le preguntaba
la moribunda esposa.
Y con voz cariñosa
---«No lloro» el infeliz la contestaba,
Y asi plática entre ambos se entablaba:

CLOTILDE.

Sí sollozar te escucho.

DON FELIX.

Tu mente débil te lo finge acaso.

CLOTILDE.

No, Felix, no me engaño, te amo mucho,
Y esta mano en tus lágrimas me abraso.
Leo en tu corazon.

DON FELIX.

Clotilde mia
Del pensamiento aleja
Tan tristes ilusiones.

CLOTILDE.

Ay Felix, es en vano tu porfia,
Escusa ya ficciones,
Falsas palabras deja,
Ya sé que llega mi postrero dia.
¿Me amas aun?

DON FELIX.

---Mis lágrimas te dicen
Cuanto es mi amor; la eternidad entera
Escaso tiempo para amarte fuera.

CLOTILDE.

Dime , ¿ y mi flor ? ¿ estiende todavia
Sus hojas ante el sol ? ¿ han decaido
Sus brillantes colores?

DON FELIX.

No , Clotilde, sus ramas han crecido.

GLOTILDE.

¿Pero y la flor?

DON FELIX.

Aun sola permanece
Y otro capullo en derredor no crece.

CLOTILDE.

¿Cuánto tiempo hace ya que no la veo?

DON FELIX.

Pocos dias no mas,

CLOTILDE.

Años perdidos
Sin contemplarla que pasaron creo.
¿Se alcanza desde aqui?

DON FELIX.

Tal vez corriendo
Tus cortinas, y abriendo
La puerta de esa cámara vecina
Se alcanze á ver.

CLOTILDE.

Pues abre y que mis ojos
La vuelvan á mirar, antes que cieguen
De la muerte implacable al ser despojos.
Abrió en esto don Felix
La puerta de la cámara en que estaba
La flor maravillosa,
Y al gótico balcon donde brotaba
Tendió los ojos la doliente esposa.

Oscura estaba la noche,
Los ojos mas perspicaces
No hubieran sido capaces
Su lobreguez de sondear.
Tendió á la ventana el Conde
En las tinieblas la mano
Mas abrió con ansia en vano
Sus ojas de par en par.

El mas escaso reflejo
No vió penetrar por ella
Que no alumbraba una estrella
Del cielo la inmensidad.
Su negro manto en los aires
Las nieblas habian tendido
Y de la luna sorbido
La trémula claridad.

Aun fresca olorosa y pura
La encantada Pasionaria
Vejetaba solitaria
En su enramado vergel.
Y aunque no pueden los ojos
Percíbirla en la distancia
Revela bien su frangancia,
Su eterna presencia en él.

¿Dónde estás, dijo Clotilde,
Flor mia que no te veo?
Si comprendes mi deseo
Déjate ver, línda flor:
Siento ¡ ay de mí ! que al buscarte
Los ojos se me oscurecen;
Muéstrate flor si merecen
Mis ojos ver tu color.

A estas palabras del lecho
De la moribunda enfrente
Se iluminó de repente
Ténue y fosfórica luz
Producida en las tinieblas
De la oculta Pasionaria
Por la esencia estraordinaria
Y la mágica virtud.

Retrocedió amedrentado
La luz fantástica viendo
D. Felix, y no sabiendo
Los ojos de ella apartar
Ni á respirar se atrevia,
Cuando en el otro aposento
Con desfallecido acento
Oyó á Clotilde llamar.

Acudió el triste solícito
Al pie de su cabecera
Y allí de aquesta manera
Decir á su esposa oyó
«Escucha, Felix, sentada
La muerte á mi lado veo
Mas un estraño deseo
Al sentirla me asaltó,

Y dulcemente la vida
Mi espíritu abandonára
Si este deseo lográra.
---¿Cómo logrártele? dí.
---De tí tan solo depende.
Mas que te cueste no es justo
Este capricho un disgusto.
- -Acaba
---¿Consientes?
---Sí.

--- Pues mira, esa Pasionaria
Que fué mi encanto viviendo,
Pluguiérame que muriendo
Fuera mi último placer.
De nuestro mal compañera
Cual de nuestro amor testigo,
Que muera esa flor conmigo
Pues que me debe su ser.

Sí, apenas contaba un dia
Cuando quisiste ofrecérmela,
Sea su suerte la mia
Felix, arráncala hoy;
Ese es el favor postrero
Que ya de tu mano espero,
Cúmplemele y al sepulcro
Tranquila y contenta voy.»

Quedó aterrado don Felix
Propuesta tál escuchando,
La mano tender no osando
A la misteriosa flor,
Los desencajados ojos
Fijos en ella teniendo,
Y en las pupilas sintiendo
Su mágico resplandor.

A comprender esta idea
Su mente no se atrevia,
Su voluntad resistia
Su ejecucion á emprender;
Y aquel pensamiento solo
Le tiene en duda tan fiera
Como si á su impulso fuera
Un crímen á cometer.

Si, sometido al influjo
De un vértigo incomprensible
Sentia en sí una terrible
Desusada conmocion:
De un ser incógnito, oculto
Secreto terror le asalta,
Y conoce que le falta
Valor en el corazon.

Que aquella flor que fué un tiempo
Las delicias de su esposa,
Cuya existencia preciosa
Quiere hoy romper con afan,
Ve el triste que allá en el fondo
De su pecho enamorado
Todo el poder ha cobrado
De un dañoso talisman.

De aquella flor á la vista
Siente que allá en su memoria
Se le renueva una historia
De mucho olvidada ya,
Y en ella vive un recuerdo
Triste, eterno y solitario
Como luz que en su santuario
Ardiendo perenne está.

¡Oh! no, imposible que él sea
Quien aquella flor destruya;
Su vida es la vida suya,
El suyo tal vez su ser.
No, imposible, sin su esposa
El como ella necesita
Aquella flor inmarchita
Por compañera tener.

Será de su amor pasado
Cuando ella falte un objeto,
Será un místico amuleto
Que aliviará su dolor,
Y de Clotilde el espíritu
Identificado en ella
Siempre pura y siempre bella
Será ella misma la flor.

En sus brillantes colores,
En su inmarchita frescura
El hallará su hermosura,
Su perdída sociedad.
Y en su castillo encerrado
Para siempre noche y dia
No tendrá mas compañía
En su larga soledad.

Mas ¡ay! que á la par Clotilde
Desea arrancarla ahora
Y el buen don Felix la adora
Con toda su alma y su ser,
Y es imposible que al cabo
Su afan postrimero estorbe
Quien corriera todo el orbe
Para buscarla un placer.

Acostumbrada de antiguo
A encontrar cada mañana
Al ir á abrir su ventana
Con nueva vida su flor,
Tambien identificóla
Clotilde con su existencia
Divinizando en su esencia
Su porvenir ó su amor.

Y aun en la misma ventana
Su enredadera ceñida,
Aun vejetaba prendida
La Pasionaria al dintel:
Mas ya crecidos los tallos
De sus ramas parecia
Que desprenderse queria
A su verde cuna infiel.

Y en la mas larga pendiente
Ya dentro del aposento
Yacía en el pavimento
Sin arrimo y sin sosten,
Como si el fin contemplando
Avanzar de su señora
Al suyo en la misma hora
Quisiera llegar tambien.

Dijeran que adivinando
El término de su vida
La postrera despedida
Queria á Clotilde dar,
Y que hasta su mismo lecho
Subir intentando en vano
Tomó el lugar mas cercano
A donde pudo arribar.

Y él la contemplaba trémulo,
Y ella su flor le pedia,
Y don Felix no sabia
En verdad que resolver.
La flor seguia en la sombra
Ante sus ojos brillando
Y él la seguia mirando
En acuerdo sin volver.

Al fin la voz de su esposa
Oyendo desfallecida
Que á Dios decia á su vida
Clamándole por su flor,
Sobre ella dió de repente
Y en la oscuridad asiéndola
---¡*Sea pues*! dijo, rompiéndola
Con insensato furor.

A tal momento Clotilde
Lanzó el último gemido:
Y el Conde de horror transido
En las tinieblas quedó
Al escuchar que su nombre
Dentro del mismo aposento
Otro conocido acento
Tiernamente pronunció.

¡ Cielos ! esclamó espantado
¿ Es realidad ó deliro ?
¿De quién era ese suspiro
Que en las tinieblas oí?
---Felix, repuso en la sombra
Aquella voz dolorida
¿No me conoces, mi vida?
Yo soy , acercate á mí.

Desatinado y atónito
Tomó una lámpara el Conde
Y al sitio volviendo donde
La Pasionaria arrancó
Vió con estúpido asombro
El desconocido objeto
Que el miedo y amor secreto
Hácia la flor le inspiró.

Pálida, fria, y sin aliento apenas
Enamorada aun y encantadora
En lugar de la flor yacía AURORA
En medio del oculto camarin.
Contemplábala atónito don Felix
El misterio fatal no comprendiendo,
Y tendíale Aurora sonriendo
Los yertos brazos, próxima á su fin.

Y aun amoroso el rostro moribundo
Díjole asi con voz desfallecida:
—«He estado junto á tì toda mi vida,
Y muero con mi amor cerca de tì.
Velada á vuestra vista entre las hojas
De una hermosa y silvestre Pasionaria
Fuí huésped de esa reja solitaria,
Y os ví felices y dichosa fuí.»

Siempre te amé; mas siempre cuidadosa
Miré mas que á mi amor á tu ventura;
Tu no fueras feliz con mi hermosura,
Y en mí encerré mi generoso amor.
Dios hizo que á este amor triste y sin premio
Fuera el amor de tu Clotilde unido,
Mas nuestro tiempo le pedí medido
Por el tiempo no mas de aquella flor.

No nos fué dado nunca conocernos
Mas á la par vivimos y te amamos;
Ambas unidas á la tumba vamos,
Y te perdemos á la par las dos.
Juntas morir nos otorgó el destino
Y tú mismo al cortar mi Pasionaria
Cumplistes mi recóndita plegaria.
Recibe pues, mi postrimer adios.

Y á estas palabras la cerviz doblando
Voló al cielo su alma enamorada,
Y en medio de la atmósfera nublada
Repentino relámpago brotó.
Las ramas de la verde enredadera
En la estrecha ventana se inflamaron,
Y sus hojas ceniza se tornaron
Que el agitado viento arrebató.

Tendió don Felix las convulsas manos
Ciego á su vista y de dolor transido,
Y privado de aliento y de sentido
De la ventana al pie se desplomó.
Y diz que en su castillo de Aracena
Pocos años despues triste vivia,
Y que á Aurora buscaba todavía
Por el ameno valle en que vivió.



Aun de su viejo castillo
En una capilla oscura
Se encuentra la sepultura
De su postrero señor
Y en vez del busto de mármol
Y de inscripcion funeraria
Hay solo una Pasionaria
De mano de un escultor.

160.

LEYENDA QUINTA.

APUNTACIONES PARA UN SERMON

SOBRE LOS NOVISIMOS.

TRADICION.

ENTREGA VIII.

AL LECTOR EL AUTOR.



Como lo vas á leer
Me lo contaron, lector:
Atañe al historiador
Lo cierto que pudo haber.
Lo que mas la plazca de ello
Crea tu razon discreta,
Mas no olvide que al poeta
Pertenece lo mas bello.
Querer dar con la verdad
Fiándose en sus escritos,
Es á yerros infinitos
Asentir con ceguedad.
Yo no pretendo enseñarte,
Lector, á menos atento:
Me daré por muy contento
Si es que consigo agradarte.

Solo á arrancarte un suspiro
O una sonrisa aunque leve
Mi estéril pluma se atreve,
Solo á deleitarte aspiro.
Dejemos la verdad pues,
Que es la verdad siempre amarga
Y lo cierto grave carga
Para los poetas es.
Lo falso á lo verdadero
Lleva ventaja infinita,
La mentira es mas bonita
Y yo siempre la prefiero.
La razon fria y severa
No hallará esta fantasía
Muy de su gusto, á fe mia;
Pero piense lo que quiera.
El pueblo me la contó
Y yo al pueblo se la cuento:
Y pues la historia no invento
Responda el pueblo y no yo.
No hay en ella mas verdad
Que lo que Hartzenbusch ha escrito,
Y yo por darme lo admito
Importancia y gravedad.
El, verídico escritor
Me garantiza esta historia.
Pues yo soy, pese á mi gloria,

De mentiras profesor.
Yo vivo con la mentira,
Lector, en público trato,
Y confieso sin recato
Que la verdad no me inspira.
Empiezo mi cuento pues,
Y si te agrada, lector,
No preguntes al autor,
Si mentira ó verdad és.

INTRODUCCION

QUE EL SEÑOR HARTZENBUSCH HA TENIDO LA GALANTERIA DE PONER Á MI LEYENDA QUINTA.



Pero antes que en el Duero se sepulte
Cruza Pisuerga plácida campiña,
Donde la rica mies, la rica viña
Derraman sus tesoros á la par.
Descuella un monte allí: sobre su cumbre
Un gigantesco torreon se eleva,
Mónstruo que con las víctimas se ceba
Que le da el despotismo á devorar.

Agrio son de cadenas y cerrojos,
Amenazas de bárbaros sayones,
Súplicas, alaridos, maldiciones
Llenan aquella lúgubre mansion.
Fortaleza la llama quien lejano
Su mole vé sin registrar su centro,
Llámala infierno quien suspira dentro,
Cárcel la ley, su afrenta la razon.

Allí un anciano en miserable estancia,
Mas bien que calabozo sepultura,
Sufre de sus pesares la tortura
Con el pie de la muerte en el umbral.
Pero en aquella frente consagrada
Señales duran de lo que era un dia,
Centelléa en su frente todavía
La llama del espíritu marcial.

Bajo el morado episcopal vestido
Violento late el corazon de Acuña:
Cuando su mano el pectoral empuña
Fué un acero tal vez lo que buscó.
¡ Padilla ! sin cesar suena en su labio,
Y un ¡ ay ! le sigue y el prelado llora;
Y es el audaz prelado que en Zamora
¡ Santiago y libertad ! apellidó.

--- « ¿ Por qué, Señor, arrodillado dice
Delante de un ebúrneo Crucifijo,
Por qué, Señor, tu cólera maldijo
La jornada infeliz de Villalar ?
¿ Era pendon de iniquidad acaso
La bandera del noble comunero ?
Por defender el injuriado fuero
¿ No es lícito la espada desnudar ? »

Si entronizado el codicioso belga
Saqueaba el palacio y la cabaña
Y desangrando á la infeliz España
Rios de oro enviaba á su nacion;
Si reía en espléndido banquete
Sirviéndole de música el gemido
De un pueblo que por él empobrecido
Moribundo imploraba compasion;

Si al pedirle justicia el triste padre,
Padre á quien deshonró vil cortesano,
Decia el estrangero al castellano:
Cómprame la venganza y la tendràs;
¿ Debió Castilla tolerar su afrenta?
¿ No debió armarse para entrar en liza
Y gritar á la chusma advenediza:
«No reinarás sobre mi suelo mas?»

¿ Condenaste, Dios mio, por mi culpa
La empresa que sino te fuera grata
Porque soltando el báculo de plata
Del profano baston el puño así?
No, que Samuel, ministro de tus aras,
Tambien en sangre se bañó la diestra,
Joyada de tu templo hizo palestra,
Moisés armó los brazos de Leví.

Lo veo, sí; con nuestra ruin fortuna
Tú quisiste enseñar á las naciones
En dos tremendas útiles lecciones
Lo que merecen, lo que deben ser.
Quéjese el pueblo que agobiado llora
Solo de sí porque obedece al yugo;
Mas sepa si combate á su verdugo
Que sin union es fuerza perecer.

Perecieron por eso en el cadalso
Los hijos de la gloria y de la guerra,
Sus casas igualadas con la tierra
Yacen cubiertas de ignominia y sal,
¿ Por qué me ha perdonado la cuchilla ?
¿ Por qué esta cárcel mi vivir esconde?»
Una voz pavorosa le responde:
»Porque te espera muerte de dogal.»

Ábrese con estrépito la puerta,
Y precedido de villana tropa
Vestido un hombre de funesta ropa
Resuelto avanza en la prision el pie.
Vara sutil de magistrado lleva,
Qua en él parece látigo sangriento,
Ningun rasgo de humano sentimiento
En su frente fanática se ve.

Sanguinaria la boca, sanguinarios
Los torvos ojos de iracunda hiena
Con desplegar el labio ya condena,
Con su mirada martiriza ya:
Mudo, pasmado el infeliz Acuña
La decision espera de su suerte,
No le acobarda la imprevista muerte,
Pero le aterra ver al que la da.

«En nombre de Don Cárlos os lo mando»
Grita á los suyos el feroz alcalde,
Pero dicta sus órdenes en valde
Tiembla el esbirro, párase el sayon.
« Obedeced » el bárbaro repite
Los satélites claman ¡ sacrilegio !
Y acatando el sagrado privilegio
Se lanzan en tropel de la prision.

«No teme el vengador de la justicia
Dice el cruel, del hombre ni del cielo,
Ese dogal tirado por el suelo
No quedará sin víctima esta vez.»
¡ Ronquillo ! fue á esclamar el sacerdote
Pero apagó su voz el duro lazo
Que estrechó con la planta y con el brazo
Aquel verdugo en hábito de juez.

Por los tránsitos luego de la cárcel
Su trofeo arrastró dejando en ellos
Con la sangre de Acuña y los cabellos
Señalado el camino que llevó.
Y á un corredor llegando guarnecido
De dorado arabesco pasamano
A ver el espectáculo inhumano
testigos el sacrílego llamó.

Y llegaron, y dijo: « Comuneros
Que desdorar quisísteis la corona,
La clemencia de Cárlos os perdona,
De Simancas salid, pero mirad. »
Y el cordel ominoso atando á un hierro
Lanzó al aire el cadáver palpitando...
Cayó la turba mísera temblando
Pasmada de terror y de piedad.

Alzóse un alarido que llenaba
Del ancho patio el ámbito vacío;
Sucedió al penetrante vocerío
Misterioso susurro de oracion.
Y oscilaban pendientes entre tanto
Del corredor los míseros despojos,
Y el llanto que asomaba en muchos ojos
Lo tragaba en secreto el corazon.

Pero el cáñamo vil con un crujido
Turbó el piadoso fúnebre homenage
y anunció desde el alto barandaje
Nuevos horrores que mirar despues.
Cruzaba el patio el bárbaro Ronquillo...
Sonó un golpe violento... Y de repente
De sangre salpicósele la frente
Y vio el roto cadáver á sus pies.

«Esconda, dijo, su ignominia luego
La sepultura que á pedirme vino.
Comuneros, sabeis vuestro destino;
Sed fieles al invicto Emperador.»
Y salió del castillo á lento paso
Con la mano enjugándose la cara
Y agitando en el aire aquella vara
Que sembraba el espanto y el horror.

I.

Tal fué el alcalde Ronquillo,
Y tal el fin execrable
Del noble Acuña. La causa
Solo los cielos la saben.
Lidió por su libertad
Como valeroso y grande,
Mas vencieron los de Cárlos
Y es inútil lamentarle.
Su crímen fue ser vencido,
Y fué el iracundo alcalde
Su juez y verdugo á un tiempo.
¡ Caiga en él toda su sangre!
En vano gritó Castilla
Contra el sacrilegio infame,
Que estaba el Rey de por medio,
Y fueron voces al aire.
Dióse por traidor al muerto,

Y para mas últrajarle
Su infamia estendióse á todos
Los que su nombre llevaren.
Dió el Emperador por bueno
A su juez, pródigo honrándole
Con su amistad, y él fué un tiempo
Su lebrel mas formidable.
Ansioso de distinguirse
En su servicio, y mostrarse
Agradecido y celoso
Por los intereses reales,
Atropelló sin escrúpulo
Cuanto encontró por delante,
Sin que justicia ó nobleza
Fuesen valla á sus desmanes.
Que en él fué delirio al cabo
Lo que al principio coraje,
Y la sed de su venganza
Degeneró en insaciable.
Era su presencia agüero
De horrendas calamidades,
Y era su nombre un conjuro
De desventuras y males.
Seguíanle por do quiera
En apiñada falange
Alguaciles y verdugos
Con hachas y con dogales.

Donde fijaba la planta
Su huella marcaba en sangre,
Donde ponia los ojos
Iba la muerte á sentarse.
Como destructor cometa,
Como fantasma impalpable
En todas partes se hallaba
Sin distincion de lugares.
Y un encuentro, una palabra
Casual ó poco esplicable,
Una plática en secreto
O una seña poco fácil
De comprension, una muerte
Evocaba en el instante.
«Comuneros son (gritaba)
¡A ellos, prenderles... matarles!»
Y nunca vólvió sin presa,
Que era plan irrevocable
No hallar jamás inocente,
Ni justiciar nunca en valde.
¡Ah! no hubo español valiente,
Cuyo sueño no turbase
Alguna vez de Ronquillo
La amenazadora imágen.
Pues por dar con un rebelde
Pasára sobre el cadáver
Poco es del mejor amigo,

De su esposa y de su madre.
Mas tan caduca es la vida
Y todo en ella es tan frágil
Que se hunde lo mas brioso,
Lo mas encumbrado cae.

Vecino á su hora postrera,
Tendido en su lecho yace
Llena de angustias el alma
El desàpiadado alcalde.
Los ojos desencajados
De las cuencas se le salen
Como si espantados vieran
Mil espectros rodearles.
La cólera y el terror
Pintados en el semblante,
Pide al mismo tiempo ausilios
Mundanos y espirituales.
A veces sobre su lecho
Iracundo incorporándose,
«Llamadme al Rey» dice á gritos
Con feroces ademanes.
A veces entre la ropa
Atribulado ocultándose,
«Que traigan un confesor»
Dice con voz lamentable.
Y corre desalentada

Su gente plazas y calles,
Unos en busca del Rey
Y otros en busca de un fraile ;
Mientras el vulgo enumera
Los infinitos desastres
Que lleva detras el nombre
Del golilla agonizante.
Y no hay en Valladolid
Una casa ni un linage
Que con dudosa impaciencia
La muerte del juez no aguarde.
Parece que mientras viva
Sobre la tierra un instante
Sus miradas y su aliento
Han de emponzoñar el aire.

Que asi mueren los impíos,
Sin ser llorados de nadie,
Y agobiados bajo el peso
De su conciencia culpable.

II.

Asi en su lecho Ronquillo
Ya casi á espirar cercano,
Un Crucifijo en la mano
Y á su lado un confesor,
Su hora postrera aguarda
En oscura incertidumbre
De su fé muerta la lumbre,
Vivo de su alma el terror.

Los recuerdos de una vida
A la ambicion consagrada
De crímenes mil sembrada
Secretos entre Dios y él
Hervian en su conciencia,
Y al exacto pensamiento
Se agolpaban en violento
Irresistible tropel.

Alli con faz iracunda
Se alzaba el fantasma fiero
Del bizarro caballero
Degollado en la prision,
Y sus hijos y su esposa
Víctimas del abandono
Pedíanle con encono
De aquella sangre razon.

Alli el engañado amigo
Y la muger deshonrada,
La inocencia condenada,
La vendida rectitud
A recias voces pedian
Contra el culpable venganza,
Y de ella con esperanza
Asidos de su ataud.

Revuelve el juez por do quiera
Los ojos desencajados,
Mas por do quiera apiñados
Sangrientos fantasmas vé;
Do quiera una sombra pálida
Le recuerda una sentencia
Que dió contra su conciencia
Y contra justicia fué.

Y al través de cada pliegue
Del cortinaje ostentoso
De su lecho, un horroroso
Espectro aguardando está;
Y en vano cierra los párpados,
Que bajo forma distinta
En sus pupilas se pinta
Mas espantoso quizá.

Mas sobre todos Acuña
Ante sus ojos se muestra
Con el báculo en la diestra
Y en la siniestra el dogal,
Clamando el buen caballero
Por la honrosa sepultura
Merecida á su bravura
Y á su cetro episcopal.

Y en vano el mal juez le tiende
Su mirada suplicante,
Acuña le está delante
Con gesto amenazador,
Y al rezo con que el alcalde
Conjura la sombra santa,
Acuña el dogal levanta
Que mata con deshonor.

« Mi fama importaba poco :
»(Dice el obispo insepulto)
»Si el crímen quedára oculto
»Menos mi sangre en verdad.
»Pero ¿no viste ¡ sacrílego !
»Que habia en mí mas que un hombre,
»Y que iba unida á mi nombre
»Mi sagrada dignidad? »

---« No , (gritaba el moribundo)
»Nó á mí esa cuenta me pidas :
»La ley cortó vuestras vidas
»Acude á quien la dictó.
»Rebeldes , á muerte fuísteis
»Condenados y en conciencia
»Será injusta la sentencia
»Mas no quien la ejecutó.»

---¡No ! (reponia la sombra)
»¡Mientes! si hacerte le plugo
»Su juez, jamás su verdugo
»Te nombró el Emperador.
»¡Mientes , sí , dióte la vara
»Que aunque castiga no humilla,
»Mas no te dió la cuchilla
»Ni el dogal infamador.

«Cuando oscilaba mi cuerpo
»Colgado en el barandaje
»No recibí aquel ultraje,
»De tu Rey, sino de tí.»
Y esto diciendo la sombra
De Acuña el dogal mostraba
Y él con la vision luchaba
Sin ahuyentarla de sí.

«¡Huye! el infeliz decia,
¡Huye, delirio funesto!»
Y con terror manifiesto
La vista apartaba dél.
«¡Huye!» escondiendo la cara
Entre las ropas decia,
Mas siempre, siempre veía
El mismo espectro cruël.

En tanto el sol su occidente
Y el dia su fin tocaba,
Y á largo paso avanzaba
La noche lóbrega en pós:
Y al miserable Ronquillo
Le iba el aliento faltando
Cada vez mas escusando
La memoria de su Dios.

-- «La vida es breve é incierta,
»Morir es negocio grave,
»La hora nadie la sabe»
Le decia el confesor;
Mas él sin oirle casi
La moribunda mirada
Tendia desesperada
De la puerta en derredor.

---«¡Si hubiera, padre, un menguado
»De esos doctores, decia
»Que cortára mi agonía
»Hasta que viniera el Rey
»Le hiciera pesar en oro!...
»Mas toda es farsa su ciencia
»Y á su orgullosa impotencia
»Siempre el mal pone la ley.

¿« De qué les sirve el estudio
»De esa facultad mentida
»Si se les huye la vida
»Y vence la enfermedad?»
---«¡ Pensad en Dios , replicaba
Compasivo el religioso,
»Buscad señor el reposo
»En su incierta eternidad!»

Mas el alcalde impaciente
Siempre mirando á la puerta
Su atencion mostraba incierta
Entre el Rey y el confesor
Decíale este : «él reparte
»Con el justo su corona»
»Y él decia « su persona
«No tuvo adicto mayor.»

« ¡Mas me olvida , cuando siento
»Presa mi vida en un hilo
»Y él solamente tranquilo
»Pudiera hacerme morir!»
Y asi Ronquillo diciendo
Con supersticion impía
En el Rey ¡necio! ponia
Su esperanza y porvenir.

Decia el fraile : « ¡habed cuenta
Que eso el diablo no os arguya!
---Con una palabra suya
Me salvo, decia el juez.
Y oraba el buen religioso
Por él fervorosamente,
Y él murmuraba impaciente
Una maldicion tal vez.

Al fin abrióse la puerta
Y entró por ella embozado
Un hombre pálido , armado
De una espada y un baston ;
Sobre cuya negra ropa
De seda á un cordon asido
De su cuello suspendido
Brillar se vía un toison.

Tendió por el aposento
Rapidísima mirada
Este hombre desde la entrada,
Y con perezoso pié
Llegó al lecho de Ronquillo
Mientras el buen religioso
Acercóle respetuoso
Blando sitial y se fué.

Sentóse á la cabecera
Del juez el recien llegado ,
Y con aliento apagado ,
De este modo el juez le habló.
A cuyas voces el otro
Sus razones esponiendo
Preguntando y respondiendo
Diálogo tal se entabló:

EL JUEZ.

Ya príncipe, y señor mio,
Cercana mi muerte siento ,
Pero no es mi sentimieuto
Mayor el verme morir ;
No es dejar mi casa y gente
Sobre la tierra olvidada
Cuando por vos amparada
Sé señor que ha de vivir.

Solo una cosa quisiera
¡Oh gran señor ! demandaros ,
Y por cuanto hay conjuraros
Para obtenerla de vos.

EL REY.

Sabes Ronquillo que siempre
Tu amigo mejor he sido ,
Y sé cuan bien me has servido ;
¡Prémiete en la gloria Dios !

Cuanto por ello me pidas
Mi amistad te lo dispensa ,
Con tal que no sea ofensa

Del Señor, concluye pues.

RONQUILLO.

Es una bondad que aguardo
De tan magnánimo pecho.

EL REY.

Ronquillo, dalo por hecho,
Mas acaba, dí lo que és.

RONQUILLO.

Oidme señor; yo espiro
Aunque pecador, en calma:
Solo me atormenta el alma
Un peso que solo vos
podeis quitarme: la muerte
Del obispo de Zamora.
La muchedumbre traidora
No temo, que le fué en pos.

Nó, aquella chusma rebelde
Murió á las leyes conforme,
Yo dí á vuestro padre informe
De cuantas sentencias dí:

Mas la de Acuña me aflije,
Librarme de ella deseo
Que por todas partes veo
Aquel obispo ante mí.

Si vos, señor, compasivo
De mi conciencia en descargo
Quisierais tomarla á cargo
De vuestro padre en lugar,
Yo descansado muriera:
Porque vuestro padre al cabo
Mandó á Padilla y á Bravo
Y á los rebeldes matar.

Y yo, señor, en Acuña
Su ley imperial cumplia
Pues probé su rebeldía
Y le sentencié por tál.»

Y asi diciendo el alcalde
Que alentaba con trabajo
Miró al Rey, que cabizbajo
Meditaba en su sitial.

¡Miseria humana! aquel hombre
Que por su ciencia y sus leyes
Aconsejaba á los Reyes

Y se aconsejaban de él,
Supersticioso y fanático
Quiso á otro hacer responsable
De lo que él solo culpable
Obró, sin culpa de aquel.

Mas vió con gran desconsuelo
Que allí, en la ocasion mas crítica
Le abandonó su política
Que aun con Dios quiso emplear:
Porque el Rey muy compungido
De no complacerle en esto
Le dijo con grave gesto
Y voz tierna de escuchar:

---«Hijo mio: tu no puedes
Concebir el sentimiento
Que tengo en este momento
Por no poderte servir.
Mas si tomase á mi cargo
Lo que mi padre pecára
Dios me lo echaría en cara
Y ¿qué le iba yo á decir?

Responderle no podria
De lo que yo no supiera
Y Dios condenar me hiciera

En vuestro lugar á mi.
Harto hará cada nacido
En responder de lo suyo,
Carga tu pues con lo tuyo,
Y hable mi padre por sí.

Que si sus órdenes régias
Como te las dió cumpliste,
Tu deber Ronquillo hiciste,
Y no hay porque recelar.
Mas si á tu interés miraste
Sus órdenes escediendo
Que injusto es por ello entiendo
Al Emperador culpar.»

Y asi diciendo con calma
Al alcalde moribundo
Salió Felipe segundo
De alli con rápido pié.
Y era este alcalde sin duda
Hombre de grande importancia,
Cuando hasta su misma estancia
Felipe Segundo fué.

« Desde este fatal momento
Y desque oyó tal respuesta,
Fué la inquietud manifiesta

Del desconsolado juez:
Y á su confesor llamando
Para acallar su conciencia
Acudió á la penitencia
Humillando su altivez.

Al fin con señales santas,
Y cristianos pensamientos,
Recibió los sacramentos,
Nombró heredero, y murió.
Y con suntuoso aparato
Y gran pompa se asegura
Que le dieron sepultura
Bajo un altar que él dotó.

Y á ver su tumba de mármol
En labores esquisita
Y la riqueza inaudita
Del recamado tapiz
Con que colgaron la iglesia
Desde el suelo á la techumbre
En espresa muchedumbre
Acudió Valladolid.

III.

Era la noche del siguiente dia
En que murió Ronquillo ,
El túmulo en la iglesia todavía
Se alzaba , aunque entre mármoles yacía
Su cuerpo ya, y sus honras encargadas
A los severos padres franciscanos
Estaban con gran pompa preparadas.
Del mismo Rey por cuenta
Celebrarse debian
Y sin duda serían
Magnífica funcion , cosa opulenta.
Pues era justo que quien tanto ruido
En el mundo mortal metió viviendo
A la mansion bajase del olvido
Con pompa , con escándalo y estruendo.
Y un monje reverendo
De edad provecta y elocuencia suma

La fúnebre oracion tomó á su cargo,
En que saliera voluntad poniendo
Obra maestra de su docta pluma.
Tomó pues en la obscura biblioteca
Ancho sillon de suspendido cuero,
Mesa espaciosa con papel no escaso
Volúmenes traidos para el caso
Péñola blanda, y colosal tintero.
Ojeó á san Agustin y á san Crisóstomo,
Y Trajo á su memoria
De sagrada oratoria
Cien sublimes y clásicos modelos,
No sin costarle las ideas santas
Dentelladas de uñas unas cuantas,
Y alguno que otro refregon de pelos.
Y asi á veces el techo contemplando,
Leyendo á veces lo que estaba escrito
Con voz tan alta que rayaba en grito
Y periodos á veces murmurando;
Y en el hondo sillon arrellanándose
Unas borrando y otras añadiendo
El bendito sermon iba saliendo.
Y ya el buen fraile el parabien se daba
Notando que al epílogo llegaba
Repasando renglones por renglones,
Descuidados conceptos y oraciones,
Limando sus periódos inconcusos.

Mezquinos ó confusos;
Cuando dió de repente en sus oidos
Tremendo son de silbos y cadenas,
Y horroroso concierto de alaridos
Que la sangre de horror heló en sus venas.
Huyósele la pluma de las manos,
Borrósele el sermon de ante la vista
Al son de aquellos gritos sobrehumanos
Y aquella serenata no prevista.
Los ojos con pavor clavó en la puerta
Trémulo el corazon, roto el aliento
En la boca entreabierta,
Sin fé esperando su postrer momento.
Y entre tanto el estrépito crecía
Y mas á cada punto se acercaba
Y mas horrendo cada vez se hacía
Y cada vez mas próximo sonaba.
Ya semejaba del airado trueno
El repentino y cóncavo estampido;
Ya de desolacion intima lleno,
Largo, medroso y lúgubre gemido;
Ya por el ronco vendabal sin freno
Ancho y voraz incendio sacudido,
Y ya el fragor de la horrasca fiera
Con que la mar retumba en la ribera.
Giró la puerta al fin sobre sus gonces
Y dió paso su hueco á un enlutado

Que entró sin ceremonia y escoltado
Por multitud de incógnitas figuras
Fantásticas y feas,
A cuyas repugnantes cataduras
Daban color sus azufradas teas.
Quedóse el pobre fraile anonadado,
Y encomendando á Dios el alma imbécil
Ante la negra aparicion postrado
Cayó humilde de hinojos,
Lleno de miedo el corazon menguado
Y de cobardes lágrimas los ojos.
Y el incógnito viendo tal postura
Díjole con voz dura:
»No dobles insensato la rodilla
»Al mas ínfimo ser que alienta y sufre
»Y ante la cruz de tu sayal se humilla.
»Levanta, miserable, de la tierra
»Y guia á la capilla
»Do yace el cuerpo del maldito alcalde,
»Que para tu sermon lo que alli veas
»No te será por Dios párrafo en valde.»
En vano el monge conjurar quisiera
La aparicion con la palabra santa
De oracion eficaz, inútil era
Su esfuerzo y voluntad, ni una siquiera
Pudo el triste arrancar de su garganta.
Trémulo y cabizbajo echó delante

De la turba infernal que silenciosa
Caminaba tras él poco distante,
Hasta dar en la iglesia tenebrosa.
Por bajo de sus arcos ojivales
Pasaron lentamente en dos hileras
Aquellas cien fantasmas infernales,
Sin que en el templo cóncabo crujiesen
sus misteriosas huellas,
Sin que sus sombras proyectar se viesen
Sobre los muros, desprendidas de ellas.
La luz iluminaba
Sus contornos tal vez, mas su figura
No oponia á la luz compacta oscura
Su masa corporal: la luz en torno
No se extendia no de su contorno,
Que el reflejo su cuerpo traspasaba.
Vacilaba su forma á cada paso
Como se vé variar la de un objeto
Cercado de agua y á través de un vaso,
Y parecia que era solamente
Cada figura un árido esqueleto
Que con cuerpo aparente
Su desnudez disimular quería
Mas dar con la apariencia no podia.
Asi llegaron del alcalde muerto
A la tumba ostentosa,
Do escribieron en vano « aquí reposa.»

:

Pues tomando al morir un rumbo incierto,
De la horrorosa duda
Entró su alma inmortal en el desierto.
Cercó la turba el féretro, y la losa
De su gefe á la voz dócil girando
De Ronquillo mostró la pavorosa
Figura; á cuya vista el negro bando
De espíritus que el féretro cercaba
Rugió iracundo al contemplar su presa,
Cual de la suya en torno en noche oscura
De cuervos roncos la bandada espesa.
El enlutado entonces que mostraba
Autoridad entre ellos, la voz fiera
Alzó en un pergamino que llevaba
Leyendo en torba voz de esta manera;
»Mirando los pecados infinitos
»Con que manchó su vida y su conciencia
»El alma de este juez, y sus delitos
»No mereciendo de su Dios clemencia
»Y en la balanza igual de su justicia
»Pesando mucho mas que su inocencia
»La venganza, el orgullo y la avaricia,
»Al cuerpo infame el Hacedor sentencia
»Con el alma á sufrir males eternos
»Por una eternidad en los infiernos.»
Y á estas palabras la infernal caterva
Del vil cadáver con furor asiendo

Iba á ensayar en él venganza acerba
Con ira horrible y tronador estruendo
Cuando á la voz de Satanás cediendo
El tumulto feroz, el triste monje
Que el juicio eterno á su pesar veía
Desta manera oyó que le decía:
«Refiere tú en el púlpito mañana
»Lo que has visto esta noche, y quien osare
»Dudar de esta justicia soberana
»Que en este muro nuestra huella vea
»Y ante esta marca se horrorice y crea.»
Y asi diciendo con su negra mano
En la pared trazó círculo obscuro
Y un fuego roedor en polvo vano
Trocó la piedra del macizo muro.
Y soplando despues en la pavesa
Por el ancho y mefítico agujero
Huyeron los fantasmas con su presa,
Huella indeleble su espantoso bando
En el tostado boqueron dejando.
Quedó aterrado el santo religioso
Al pié de la vacía sepultura
Mirando por el aire nebuloso
Veloz huir la aparicion impura;
Hasta que al cabo de terror transido
Desfalleció sin voluntad ni aliento
Y cayó sin sentido

Al desgarrarse airado el firmamento
De un trueno con el cóncavo estampido.
Brotó la tempestad : rompió el nublado
Su henchido vientre, y con fragor crujieron
El rayo de las nubes desatado
Y el granizo con furia desgajado
Que el paso audaz del huracan siguieron.
Al iracundo estrépito inaudito
Estremecióse la ciudad dormida,
Tal vez creyendo que la humana vida
Tocaba con su término prescrito:
Y al desórden innoto
Que vió desbaratar los elementos
Tembló el malvado y se humilló el devoto
Vueltos á Dios sus torpes pensamientos.
Y diz que al otro dia
Todo Valladolid se despoblaba
Y la tumba vacía
A contemplar venia
Y viendo el boqueron se santiguaba;
Porque en su Dios la multitud creia
Y á su Dios adoraba...
¡No era cual hoy la multitud impía!



Perdona, ¡ oh buen lector ! si en un esceso
De humor fatal con tan oscura tinta
Pude contarte tan atroz suceso;
No siempre alegre nuestra pluma pinta
De ciego amor el voluptuoso halago,
El bullicio del circo y los festines,
De blancos sueños el tumulto vago
Y el aroma del templo y los jardines.
No siempre paz el corazon respira
Placer, y delicioso arrobamiento,
Ni siempre suena en mi cansada lira
Del placer y el amor el grato acento.
Tal es la tradicion : asi la cuenta
El pueblo por do quier, y asi la escribo;
Si como está, lector, te descontenta,
Tu juicio al fin con humildad recibo.
Y en fé de que te escucho y te respeto
Relacion esmerada y esquisita
A la vuelta de esta hoja te prometo;
Desagráviete pues *mi* FAVORITA.

LEYENDA SESTA.

LAS PILDORAS DE SALOMON.

CUENTO.

ENTREGA IX.

Vivia en cierto lugar
De la Estremadura un juez
De ir llegando á la vejez
Con grandísimo pesar.

Era el tal un hombre obeso,
De gran nariz, buen color,
Formidable bebedor...
Hombre en fin de mucho seso.

Hombre á quien nunca ablandaron
Las desventuras mayores,
Ni las palabras mejores
Crédito con él lograron.

Hombre de peso y medida
Que por los dedos contaba
Pero que no equivocaba
Número alguno en su vida.

Juez tan recto y justiciero
Que tendió con gran pericia
La izquierda á la justicia
Y la derecha al dinero.

Y así solia decir :
«El que dinero no tenga
»Que no litigue, ni venga
»Justicia mia á pedir.

»Porque si hacerla es mi oficio
»No he de ser tan majadero
»Que no sea yo el primero
»Que goce su beneficio.»

Y con este parecer
Y con tan sana opinion
Era el oro su razon,
Su porvenir el placer.

Vivir bien era su afan,
Vivir y gozar sin tasa,
De modo que era en su casa
no el señor, sino el sultan.

No se escaseaba delicias
Ni se negaba placeres,
Y su mesa y sus mugeres,
Fruto eran de sus justicias.

Egoista hasta lo sumo,
Voraz por naturaleza
Y de una rancia nobleza
E mbriagado con el humo,

Era este juez, (sin rodeos)
Un ricote de lugar
Que nunca pensó en tasar
Su ambicion, ni sus deseos.

Tan satisfecho y casado
Con sus propias opiniones
Como asido á los doblones
Que le sudaba el juzgado,

Jamás pensó en su egoismo
Que mirar por los demas
Debia, ni vió jamás
á nadie como á si mismo.

Jamás su opípara mesa
Parásitos asaltaron,
Ni sus sentencias fallaron
Sino en razon de la presa.

Con mas razon litigaba
Quien mas ofrenda esponia,
Y mejor causa tenia
Quien mejor se la pagaba.

Tal era, amigo lector,
Este golilla Estremeño ,
Que alcanzaba mucho empeño
En la corte , y gran favor.

Pues poderosa le ausilia
Por su gran privanza en ella
Una negocianta bella
Allegada á su familia.

Mas es tan frágil , tan vana
La felicidad terrena
Que toda nos la envenena
La desazón mas liviana.

Gozaba este juez sin tino
Sin mas bien, ni porvenir,
Dejándose en brazos ir
De su pródigo destino.

Mas habia un pensamiento
En su cabeza empotrado
Que le tenia agobiado,
Desabrido y mal contento.

La idea de que *tan poco*
La vida mortal duraba
Era cosa con que andaba
El buen estremeño loco.

Pensar que al fin era ley
Imposible de evitar,
La existencia abandonar
Lo mismo el patan que el Rey;

Y pensar que un grosero
Sayal áspero enterrado,
Habia de ser pateado
Por algun sepulturero;

Era un pensamiento cruel
Que afanado le traia,
Y apechugar no podia
El Estremeño con él.

Continuamente al espejo
El semblante se miraba,
Sobre la edad que mostraba
Demandándole consejo.

Y porque de sus cabellos
No hubiese blanco ninguno,
Arrancaba uno por uno
Cuantos encontraba entre ellos.

Y en fin, si medio le hallára
De vivir un año mas,
Aun del mismo Satanás
Las propuestas escuchára.

Consiguiente á esta manía
De tropezar con manera
Para hacer mas duradera
La vida mortal, tenia

Con solo un hombre amistad ,
Y esta amistad era un médico ,
Cronicon anciclopédico
De su oscura facultad.

Amigo de las botellas
Como el golilla , testigo
De sus proezas , y amigo
Por demas de las doncellas,

Era el único mortal
Que osaba delante de él
Representar su papel
Sin que él lo llevare á mal.

El era quien de las multas
Cargaba con el producto
Por el seguro conducto
De sus continuas consultas.

Y con su docto consejo
Y acertadas opiniones
Gastaba el juez sus doblones
Para no llegar á viejo.

Y asi la melancolía
De la vida iban matando
En la noche prolongando
Las bacanales del dia.

Y asi contentos los dos
Aunque con diversos fines,
Con récipes y festines

Iban del placer en pos.
  El médico, del golilla
Imperturbable verdugo
Iba sacándole el jugo
Del juzgado á maravilla.
  E iba creyéndose el juez
Que con remedios tamaños
Iba alargando los años
Y esquivando la vejez.

Es una noche de marzo
Turbia por demás y lóbrega,
En que con ira los vientos
Desencadenados soplan,
Desiertas están las calles
De Medellin, y en la sombra
Todo solitario yace
Todo tranquilo reposa,
Solo el silencio interrumpe
La voz destemplada y bronca
Del ábrego que se estrella
Contra las murallas sólidas
Y el ágrio son con que giran
En las ahujas mohosas
Las veletas al impulso
De las ráfagas sonoras.
Era ya tarde y estaba
La media noche muy próxima
Cuando en la casa postrera

:

De una callejuela angosta ,
Se oyeron voces confusas
De diferentes personas
Que del portal se acercaban
Por la cavidad recóndita.
Brilló la luz de la puerta
Por entre las tablas rotas,
Jiró la llave y salieron
Cinco hombres en faz de ronda.
Llevaba el uno delante
Encendida una farola
Con que alumbraba los pasos
De otro que á distancia corta
Le seguia y los demas
Daban á este último escolta
Embozados en sus capas
Y asidos á sus tizonas.
Cruzaban asi á buen paso
Las calles una tras otra
Y ya tocaban al término
De su marcha silenciosa ,
Cuando al salir á una plaza
Dieron de manos á boca
Con la figura de un hombre
Que la cruzaba á deshora.
Su aventajada estatura ,
Serena y magestuosa ,

Su tez y su barba negra
Y el traje con que se adorna
Su oriental origen pronto
Y á claras voces pregonan.
Mas no era de Medellin
La gente en trajes muy docta
Y asi se quedó un momento
Ante esta vision atónita.
¿Quién vá?- -(dijéronle)
---Un hombre. *
---¡Buena razon!
No tengo otra.
---¿Vuestro nombre?
---Es un secreto
Que á mi tan solo me importa.
---¿De dónde venís?
---Del mundo.
---¿Dónde vais?
---Donde me arroja
El impulso á que obedezco.
Mi rumbo es la tierra toda.
Por ella camino siempre
Sin consultar mi derrota.
Donde amanece principia
Donde anochece se corta,
E igualmente me cobijo
En la corte que en la choza.

* El Judio errante.

Quedó el juez meditabundo
Y con sus miradas torbas
Tomando del extranjero
Las señas mas minuciosas.
Y al fin como quien sospecha
Idéntica la persona
Con las señales que tiene
Repuso con voz de mofa.
Veníos, señor viajero,
A la cárcel por ahora
Y aclararemos mañana
Respuestas tan misteriosas.
---Solo la verdad he dicho
Y no añadire otra cosa.
---Mañana habeis de contarme
Sin rebozo vuestra historia,
Y si me engaño ireis libre,
Si sois quien busco á la horca.
A esta amenaza el incógnito
Con sonrisa melancólica
Dijo : ¡Si fuera posible
Esa promesa engañosa!
---Ya lo veremos mañana.
---Mañana ¡ay! saldrá la aurora
Y á otros lugares la brisa
Me arrebatará imperiosa.
---Eso será lo que sea

Vuestra merced.
---En buen hora
---Ea asidle y registrarle,
Y prevenir que no esconda
Papel ni objeto que aclare,
Su relacion sospechosa.

—

De la mañana siguiente
Rayaba la aurora apenas,
Y ya el juez de Medellin
Asentado ante su mesa
Con ojos devoradores
Registraba una cartera,
Que en su pupitre tenia
Cuidadosamente puesta.
Era un libro de memorias,
Mas de tan antigua fecha
Que ya de usarlas andaban
Todas sus hojas revueltas.
Veíase que añadido
Estaba en distintas épocas,
Segun el papel menguaba
Y crecia la materia.
Y era indudable que el dueño
Conocia muchas tierras,
Muchas distintas costumbres
Y muchas gentes diversas.
Porque en sus hojas se hallaban

Corolarios y advertencias
De los sucesos mas célebres
Que en las historias se cuentan.
En seis hojas de papiro
Escrita en latinas letras,
Estaba de Marco Antonio
Toda la historia secreta.
Su amor hácia Cleopatra,
Las lágrimas de la bella,
Su fuga de los Romanos
Y su muerte lastimera.
Mas adelante unas notas,
De oscuras cifras hebreas
Con una imágen de Cristo,
Obra de mano maestra.
Leíase en una parte:
«Y oí de su boca mesma
Decir esto á Constantino
De su madre Santa Elena.»
En otra parte decia,
«Copia de las cifras negras
Con que escribió en una gruta
David su salmo cincuenta.
Hízomelas ver su hijo
Cuando visitó esta cueva
Donde iba el Rey pecador
A cumplir sus penitencias.»

Y eran unos caractéres
Inteligibles apenas.
Leíase en otra hoja.
«En mil trescientos setenta
De don Pedro de Castilla,
En Burgos ví las exequias.»
En otra parte una página
De preguntas y respuestas,
De el Rey Luis XI de Francia,
Y el dueño de la cartera.
Aqui variaba el papel
Y con pluma mas moderna
La escritura ejecutada
Leíase toda entera.
Habia allí muchas firmas
De persona de gran cuenta
De Luis XIV de Francia,
De Ricardo de Inglaterra,
Del emperador don Cárlos
De Alemania, y en pos de esta
La del cardenal Cisneros
Y Cárlos XII de Suecia.
Parecia que aquel hombre
Sabia todas las lenguas,
Pues notas tenia escritas
De su mano en todas ellas.
Y era muy sábio sin duda,

Pues las artes y las ciencias
Igualmente sometía
A su crítica severa.
Pasaba el juez muchas hojas
Que probablemente eran
Aquellas que no alcanzaba
Su mezquina insuficiencia.
Pero con ansia indecible
Se apoderaba de aquellas
Que escritas en castellano
Suministrábanle ideas.
Sobre todo ávidamente
Devoraba las postreras
Que estaban la mayor parte
De historias y versos llenas.
Muchas habia de insígnes
Desconocidos poetas,
De quien por mas que valieron
Huyó la fortuna adversa.
Mas siempre del juez dejaba
La imaginacion incierta
Cuanto en las hojas leía
De la confusa cartera :
Porque esparcidos á trozos
En desordenadas piezas
Sus misteriosos fragmentos
Decian de esta manera :

PRIMER FRAGMENTO.

Jamás me pararé : siempre á mis ojos
Se estiende y á mis pies algun camino.
Por breñas , por pantanos, por abrojos
Sin término vagar es mi destino.

He corrido sin ver por todo el mundo
Mas que miseria , ingratitud y dolo,
He sentido tal vez duelo profundo
Por falta de un hermano vagabundo
Con quien girar... pero mejor voy solo.

Que en esa farsa insensata,
Esa órgia que llaman mundo
Al plomo apellidan plata
Y madre á la tierra ingrata
Y hermosura al cieno inmundo.

Y si es que brilla en el cielo
Tan magnífico farol,
Es porque en vez de consuelo
Reverberando en el suelo
Los ojos deslumbra el sol.

SEGUNDO FRAGMENTO.

El mundo dijo á la hermosa:
«Puro tu honor guardarás.»
La hermosa dijo: «Soy débil.»
Y entonces la sociedad
Encerró el honor en claustros,
Y dorando su desman
Delante de los cerrojos
Alzó traidora un altar
¿Qué debes, muger, al mundo?
Guardó tu honor, bien está,
Pero por darte la honra
Te robó la libertad.
Ciñó á tu cuello una toca
Que fué para tí un dogal,
Que en vez de ahogar tus pasiones
Te las hizo acariciar.

Puso á tus puertas un templo ,
Un muro entre la ciudad,
Celosías en las rejas,
Locutorios para hablar:
Y tú en tu largo abandono
Con descuído criminal
Profanaste el santo templo,
El muro pasaste audaz,
El mundo á las celosías
Te sentaste á contemplar,
Y abriste apenada tornos
Que al mundo van á llevar
En primorosos juguetes
Los suspiros de tu afan.

TERCER FRAGMENTO.

¿Qué quieren esas nubes que con furor se
agrupan
Del aire transparente por la region azúl?
¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan
Del cénit suspendiendo su tenebroso túl?

¿Qué instinto las arrastra? ¿qué esencia las
mantiene?
¿Con qué secreto impulso por el espacio van?
¿Qué ser velado en ellas atravesando viene
Sus cóncavas llanuras que sin lumbrera están?

¡Cuál rápidas se agolpan! cual ruedan y se
ensanchan
Y al firmamento trepan en lóbrego monton,
Y el puro azul alegre del firmamento manchan
Sus misteriosos grupos en torva confusion!

Resbalan lentamente por cima de los montes,
Avanzan en silencio sobre el rujiente mar,
Los huecos oscurecen de entrambos horizontes,
El orbe en las tinieblas bajo ellas va á quedar.

La luna huyó al mirarlas; huyeron las estrellas:
Su claridad escasa la inmensidad sorbió;
Ya reinan solamente por los espacios ellas,
Do quier se ven tinieblas, mas firmamento nó.

En vano nuestros ojos se afanan por hallarle
Del tenebroso velo que le embozó detras,
Que cuanto mas los ojos se empeñan en buscarle,
Se esconde el firmamento de nuestros ojos mas.

¡Las nubes solamente! -- ¡Las nubes se acrecientan
Sobre el dormido mundo! --¡Las nubes por do quier!
A cada instante que huye la lobreguez aumentan,
Y se las ve en montones sin límites crecer.

Ya montes gigantescos semejan sus contornos
Al brillo de un relámpago que aumenta la ilusion,

Ya de volcanes ciento los inflamados hornos,
Ya de movibles mónstruos alígero escuadron.

Ya imitan apiñadas de los espesos pinos
Las desiguales copas y el campo desigual,
Ya informes pelotones de objetos peregrinos
Que mudan de colores, de forma y de local.

¿Qué brazo las impele? ¿qué espíritu las guia?
¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz
Cuando retumba el trueno y cuando va bravía
Rugiendo por su vientre la tempestad veloz?

A caso en medio de ellas á visitar los mundos
El Hacedor supremo del universo va,
Y envuelto en sus vapores sus senos mas profundos
Estudia y sus cimientos por si caducan ya.

Acaso de su carro tras la viviente rueda
Con impotente saña caminará Luzbel,
Y porque allí cegarle su resplandor no pueda
Agolpará esas nubes entre su gloria y él.

Y acaso alguna de ellas será la formidable
Que circundó la cumbre del alto Sinaí,
En tanto que el ardiente misterio impenetrable

Que iluminó al profeta se fermentaba allí.

Acaso sera alguna la que vertió en Sodoma
En inflamadas fuentes la cólera de Dios,
Acaso sea alguna la que en los mares toma
Las aguas de un dilubio que la acompaña en pos.

¡Señor, yo te conozco! la noche azul serena
Me dice desde lejos: «TU DIOS SE ESCONDE ALLI.»
Pero la noche oscura, la de nublados llena,
Me dice mas pujante: «TU DIOS SE ACERCA Á TI.»

Te acercas, sí; conozco la orlas de tu manto
En esa ardiente nube con que ceñido estás;
El resplandor conozco de tu semblante santo
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Conozco, sí, tu sombra que pasa sin colores
Detrás de esos nublados que vogan en tropel;
Conozco en esos grupos de lóbregos vapores
Los pálidos fantasmas, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas
Del repentino trueno en el crugiente son,
Las chispas de tu carro conozco en las centellas
Tu aliento en el rugido del rápido Aquilon.

¿Quién ante tí parece? ¿quién es en tu presencia
Mas que una arista seca que el aire va á romper?
Tus ojos son el dia; tu soplo es la existencia:
Tu alfombra el firmamento: la eternidad tu ser.

¡Señor! yo te conozco, mi corazon te adora:
Mi espíritu de hinojos ante tus pies está;
Pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora
Los cánticos que llegan al grande Jehová.

Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo;
Prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor;
Prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo,
Y cantaré á par vuestro la gloria del Señor.

Si su álito llegara al harpa del poeta,
Si á mí, Señor, bajara tu espíritu inmortal,
Mi corazon henchido del fuego del profeta
Cantára, y no tuvieran sus cánticos igual.

Mi voz fuera mas dulce que el ruido de las hojas
Mecidas por las auras del oloroso abril,
Mas grata que del Fénix las últimas congojas,
Y mas que los gorgeos del ruiseñor gentil.

Mas grave y magestuosa que el eco del torrente
Que cruza del desierto la inmensa soledad,
Mas grande y mas solemne que sobre el mar hirviente
El ruido con que rueda la ronca tempestad.

———

¡Mas ay! que solo puedo postrarme con mi lira
Delante de esas nubes con que ceñido estás,
Porque mi acento débil en mi garganta espira
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

———

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
A aunque mi vista impura tu aparicion no vé,
Mi alma se estremece , y ante tu faz de hinojos
Te adora en esas nubes mi solitaria fé.

IV.

Cuando sentí de tus ojos
Las miradas sobre mí,
Humildemente de hinojos
Ante tus plantas caí.
Señor, tu soplo me impele,
Tu voz me sigue detrás,
No hay nadie que me consuele
Ni me conozca jamás.

Muchos siglos viví, mas no envejezco,
Cada noche ¡ay de mi! que oscura cierra
Imagino que es mi última en la tierra,
Mas con el nuevo sol siempre amanezco.

Aqui perdió los estribos
El buen juez, y empezó á dar
Furiosos campanillazos,
Con desatinado afan.

¡Jesus mil veces! (decia)
Sino lo comprendo mal
Este hombre ha vivido siglos
Sin envejecer jamás.
Ya dí con lo que buscaba
¡Voto va Dios! aqui está,
Este hombre tiene un secreto
Con que obra prodigio tal,
Y como instantes los años
Dulcemente se le van.
De qué modo se compone
Para hacerlo me dirá,
O por quien soy que esta noche
Con Lucifer va á cenar.
¡Lo hemos de ver á fé mia!
Lorenzo, Justo, Damian,
---¡Señor!
---El preso de anoche
Idme corriendo á buscar,
Y á mi presencia traedle
En diez minutos lo mas.

Hízose asi, y tan á tiempo
Que este plazo al espirar
Con el extranjero á solas
El juez se encontraba ya.

EL JUEZ.

De este lugar no salís
Mientras no sepa de vos
Vuestra edad, pátria y oficio,
Qué buscais aqui y quién sois.
Responded pues francamente.

EL EXTRANJERO.

Ya os dije anoche, señor,
Que es un misterio mi nombre
Que á no descubrirle yo
No hay quien le alcance en la tierra
Ninguna interpretacion.
Yo voy sin fin caminando
De la tierra enderredor
Sin poder elegir sitio
En que fijar mi mansion.
Llego á poblado de noche,
Descanso hasta el nuevo sol,
Pero al despuntar el alba
¡«Marcha!» me dicen, y voy.
En vano el poder del hombre
Su capricho ó su temor,
Torcer intentan el rumbo

Que el cielo me señaló.
En vano á necias sospechas
Abriendo su corazon
En un lugar como espía,
En otros como traidor
Asegura mi persona
En una oscura prision,
Y ata mis pies fatigados
En un potro infamador.
Yo sé á la nueva aurora
Volveré á oir esa voz
Que siempre me grita «¡marcha!»
Y á cuyo mandato, voy.
Y entonces todo es inútil
El torbellino velóz
De mi destino á otra parte
Me arrastra sin compasion.
Este es mi oficio y mi suerte
Mi ser es éste, señor.
No pretendais saber mas
De lo que os digo.

EL JUEZ.

- -¡Eso no!
En vano inventa tu lengua
Tan insensata ficcion;

Pese á ese fatal destino
Que dices llevarte en pos
Si á mis preguntas te niegas
Tu fin verdadero es hoy.

EL EXTRANJERO.

Las amenazas no pueden
Torcer mi resolucion
Mas ya que es tanto el antojo
Preguntad.

EL JUEZ.

¿De dónde sois?

EL EXTRANJERO.

De Jerusalen.

EL JUEZ.

¿Qué años
Contais?

EL EXTRANJERO.

Veinte y dos
Siglos lo menos.

EL JUEZ.

¡Es cierto
Lo que decís! con que vos
Que contais veinte y dos siglos...
Mas me falta la razon:
¡Hablad, hablad esplicadme
Ese misterio por Dios!
Yo he visto en esa cartera
Que habeis llorado el dolor
De caminar siempre solo
Estraño á toda aficion.
Pues bien del secreto hacedme
Partícipe, y por mi honor
Os juro que desde ahora
Vuestro compañero soy.

EL EXTRANJERO.

¡Oh delirais! mas oidme
Toda mi historia señor.

Yo he sido el mejor amigo
Del sábio rey Salomon,
(Y al escuchar esto el juez
Dos pasos retrocedió
Y asi siguió el extranjero
Sin notar su conmocion)
Cuando aquel rey descarriándose
A los vicios se lanzó,
Y vió de su mnerte cierta
El gesto amedrentador,
Me dijo : «Abasuero, en prueba
»De que aun en mi corazon
»Vive tu amistad ilesa,
»A hacerte una ofrenda voy.
»Mezcla lo que ves escrito
»En esa tablilla, pon
»Esa receta por obra
»Y vivirás mas que yo.
»Eso ha alcanzado mi ciencia
»Mas con la cruel condicion,
«De que ha de gozar otro hombre
«Su beneficio, y yo no.
«Tú solo no has olvidado
«A tu rey : toma, y á Dios.»
A estas palabras el alma
Entre mil congojas dió.
Mirad, con esta receta

Hice yo la confeccion
De estas píldoras que llevo
En esta caja : y con dos
Que tomo cada cien años
Otros cien años me doy.
Oid sin interrumpirme ,
Que hay poco tiempo , señor ;
Yo ¡ necio ! con mi secreto
Volvime duro , feroz,
Híceme en fin un malvado
De perversa condicion.
Vivia en Jerusalen
Al morir el Redentor,
Y al conducirle al suplicio
En que la vida nos dió.
Lleváronle por delante
De mi casa , y al rumor
De los gritos y el tumulto
Del pueblo salí al balcon.
Tendióme Jesus las manos
Pidiéndome por fávor
Un vaso de agua , y un punto
De reposo y detencion.
--- «Marcha (le dije inhumano
Y con ademan feroz)
«Vê sin descansar al sitio
«Que la ley te señaló.»

Entonces él con voz mansa
Mas que me heló el corazon
Me dijo : «Tú tambien ¡ bárbaro!
«Andarás en derredor
«De tu sepulcro girando
«Sin descanso ni mansion.»
Yo soy el Judío errante,
Esta es mi historia , señor :
Estas píldoras me alargan
La vida , y con ellas Dios
Rejuvenecer me ordena,
Y rejuvenezco y voy.

Aqui el juez de Medellin
Tras grave meditacion,
Ante el Judío de hinojos
De repente se postró,
Y asi llorando le dijo:
--- Dadme una corta porcion
De esas píldoras , y os juro
Caminar siempre con vos.
Yo nada tengo que daros
Mas que mi amistad , mi amor...
Dadme cien años de vida...
Y...

--- ¡ Callad , mísero !

--- No ,

No partireis sin que logre...
--- Pues bien , tomad esas dos,
Y si os vale su asombroso
Poder regenerador
Cien años os doy de vida
Para que alabeis á Dios.

——

En esto se oyó en los aires
Tronar la gigante voz
Que dijo al Judío : ¡ Marcha !
Y al punto mismo partió.

——

Cuando el golilla á sus solas
Se encontró ya en su aposento
Turbósele el pensamiento
Con una idea fatal.
¿Si habrá atentado á mi vida
Dijo, con tal vil engaño?
¿Si invencion suya en mi daño
Será esta trama infernal?

Y absorto en tan triste idea
Sombrío y meditabundo
Quedó en silencio profundo
Y en profunda distraccion,
A su oscura incertidumbre
Solucion buscando en vano,
Las píldoras en la mano,
Y el miedo en el corazon.

Decíase allá en su mente:
¡Si yo algun medio alcanzára
Que alguna luz arrojára
Sobre la oscura verdad!
¡Oh si cien años de vida
Me asegurára el comellas!...
¿Mas si las trago y con ellas
Me voy á la eternidad?

¿Diréle al médico?... nunca,
Si la lengua no me muerdo
Por Dios que el hombre no es lerdo
Y se las sopla por mí!
¿Iré al confesor?... tampoco.
Dirá que es cosa de hechizo
Y acaso algun bebedizo
Hará de ellas para sí.

¿Qué hacer, Santo Dios? tomarlas
Puede salir cara fiesta,
Mas necedad manifiesta
No tomarlas puede ser.
¡Si las tomo y torno á jóven!...
¿Mas si las tomo y estallo?
Probable á la par lo hallo.
¡Válgame el diablo que hacer!

Y en duda tal se pasaba
Un dia tras otro dia,
Y nunca se decidia
Por ningun partido el juez.
En contemplar á sus solas
Sus píldoras se ocupaba,
Y del cajon las sacaba
Y las guardaba otra vez.

Al fin tras largas vigilias
Dijo una vez decidido:
«Mas vale mal conocido
»Que dicha por conocer.
»Iré pasando la vida
»Como hasta aqui la he pasado
»Y si obro como un menguado
»¡Qué diablos! ¿Cómo ha de ser?

»Pero, con una esperiencia
«Quisiera al fin convencerme...
»¡Con el médico que duerme
»Todavía! ¡ea, valor!
»Está en su casa; no hay otro
»Diez leguas á la redonda,
»Cuando el efecto responda
»Sea en contra ó en favor,

»Nadie dará con la causa.
»¡Bah! salga lo que saliere
»Allá voy.---Y si se muere
»Vaya por los que él mató.»
Y en una copa de leche
Que junto al lecho vió llena
Él juez con mano serena
Las dos píldoras echó.

Fuese tras esto el suceso
A esperar solo á su casa:
Cada instante que se pasa
Es todo un siglo de afan.
A cada paso que siente
Por la torcida escalera,
Cree que la noticia fiera
De su muerte á darle ván.

Al fin despues de tres horas
De afanosa espectativa,
Llegó mas muerta que viva
Del médico la muger
Con mil suspiros contándole
Que en su aposento tendido
Está su pobre marido
Muy próximo á fenecer.

Turbóse el juez á estas nuevas,
Mas cauto disimulando
Con la muger razonando
Parte á su casa veloz;
Y al llegar al aposento
Que el terrible arcano encierra,
Encontró al médico en tierra
Sin movimiento ni voz.

Cárdeno el rostro, morado,
Los lábios frios, y lleno
De manchas que del veneno
Señal evidente son;
Estaba ya el miserable,
Pero vivo todavía
Débilmente le latía
Oprimido el corazon.

Lloraba á voces la esposa
Y el juez que no se apartaba
Del médico, contemplaba
Los progresos de su mal,
Y cuanto mas le miraba
Mas y mas se convencia
De que hacerse no podia
Mas por él que un funeral.

Y á media noche el golilla
Convencido firmemente
De que á la aurora siguiente
Sería cadáver ya
Volvió á su casa diciendo
Consigo mismo. «¿Eh? ¡ya escampa!
»Si llego á dar en la trampa,
»Me largo por donde él vá.»

CONCLUSION.



Despues de una larga noche
De congoja y desazon,
Que en lucha consigo mismo
El juez criminal pasó
Rindióse por fin en brazos
De sueño reparador
Aunque acosado á las veces
Por fatigosa vision.
Ya vía espirar al médico
Cuya moribunda voz
Decia *ese es mi asesino,*
Ese, ese es quien me mató.
Ya le veía á deshora
Fantasma amenazador
Embozado en el sudario
Entrar por algun balcon.

Ya cercado se creia
De los hijos que dejó,
De la muger y los deudos
Que le venian en pos
El sustento demandándole
De que con él les privó ,
Cuya fatal pesadilla
Le oprimía el corazon.

Al medio de su carrera
Llegaba el siguiente sol
Cuando á unas desaforadas
Voces el juez despertó.
Furiosos golpes se oían
En su misma habitacion
A la puerta de su cuarto
Redoblando con furor.
¿Quién es? dijo y respondieron
De fuera.---Abrid, que soy yó.
Hincóse el juez de rodillas
Traspasado de pavor ,
Y con angustia horrorosa
Cuantos santos recordó
Empezó á llamar á voces
En balbuciente oracion.
El médico era en persona
Que no era de otro la voz.
---Voto á mil diablos (decia)

¿Quereis abrir ó me voy?
---Vuelve enemiga fantasma
(Decia el juez) vuelve á Dios
Yo haré por ti penitencia.
---Pero hombre, por san Cenon
Haced cuanta os diera gana
Pero abridme!
---¡Abrirte! nó.
Vuélvete en paz al sepulcro.
---¿Perdido habeis la razon
Hombre dado á Barrabás?
¿No estoy diciendo que soy
Yo, don Lucas vuestro médico
En cuerpo y alma.
---¡Gran Dios!
---Abridme y oireis cosas
Que os parecerán ficcion

Abrió por último el juez
Pero cual fué su furor
Al ver el rostro del médico
Vertiendo satisfaccion
Y rebosando alegría
Y juventud y vigor.
Clavó en él una mirada
El juez con una expresion
Tan desesperada y torba

Tan siniestra y tan feroz
Que el médico percibiéndola
Dos pasos retrocedió.
¿Con qué es verdad dijo el otro
Que vivo estais?
---Sí señor.
---Mas vigoroso, mas jóven!
---Venia por ello yo
A pediros las albricias
Aunque ignoro la razon.
---La ignorais ¡nécio de mí!
(Replicó el juez) pues yo nó.
---Como señor de un milagro.
---Yo he sido solo el autor
Y si quereis de mi saña
Salvaros...
---En conclusion
Que es esto?
---Que os aparteis
De mi vista ó voto á Dios
Que os voy á hacer mil pedazos
Sin poder con mi furor.
Ya estas palabras asiendo
De un larguísimo espadon
Iba á caer sobre el médico
Que echó por un corredor.
Un aposento tras otro

Amedrentado cruzó
Y dió por fin en la calle:
Mas al tender en redór
Los ojos despavoridos
Con espanto grande vió
Que el juez se arrojaba á ella
Lanzado por un balcon.
  Cayó en las piedras el triste
Y de tanta elevacion,
Que si intentaba matarse
Con tino lo ejecutó.
Llegósele el pobre médico
Movido de compasion
Mas era el golpe de muerte
E inútilmente acudió.
El juez le dijo mostrando
En su rostro y en su voz
Las mas certeras señales
De honda desesperacion.
  «Soy el hombre mas estúpido
«Que de mugeres nació,
«¡Maldita sea mil veces
»La ciencia de Salomon.»!
  A cuyas ruines palabras
El miserable espiró,
No comprendiendo el buen médico
Tan estraña confesion.



